

Adriana Pedrolo

CUENTOS Y TRAVESÍAS



CUENTOS Y TRAVESÍAS

Pedrolo, Adriana

Cuentos y travesías / Adriana Pedrolo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Liberteca, 2021.
Libro digital, PDF - (Punta de Lanza / Valeria Paola Donato)

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-48256-1-2

1. Relatos Personales. 2. Crónica de Viajes. 3. Historia de Familias. I. Título.
CDD 808.883

Adriana Pedrolo

CUENTOS Y TRAVESÍAS

Relatos

*No crean que los paisajes pueden cambiarnos los ojos,
pero sí sepan que los ojos son inútiles sin viajes,
y los viajes son inútiles sin vuelta.*

A Julieta y a Loïc

ODA A LA IDA

Dicen que la vida es un gran viaje, y que alguien nos puso en esta barca, por caminos que van sin saber cómo y por qué.

Para formular ese terror por la conjura de los hechos, los antiguos occidentales inventaron la Tragedia. Para tratar de nombrar sus propios actos sin retorno, el Drama, y para los crímenes de mujeres el Femicidio, aunque este nombre lo acuñásemos nosotras y recientemente.

Sentir que mi país ya no era mío me dio pánico y un día me fui.

Sentir que iba a morir en un país que no era el mío me dio pánico y un día volví. Como aquel legendario Bar Benito, entre la panadería y la pompa fúnebre se desperdiza la vida, así de simple, así de corta, y así de mía.

Todo empezó yendo a buscar el pan por las veredas de Temperley, en el gran Buenos Aires de un país a cuadros que se llama Argentina, y del que me siento parte y desde hace un tiempo también arte.

Aquí las culturas se dominaron desde siempre, y la europea blanca dominó a la mestiza también llamada criolla, y ambas a las indígenas. Un genocidio fundacional negado y encubierto lo hizo posible. La invención de la expresión “pueblos originarios,” quizás sea el principio de una enmienda al menos simbólica. Quiero creer que algún día tendremos un estado plurinacional.

Blancos y criollos -en ese orden- modelaron entonces cultura, costumbres, política, cocina y religión. Por la vía de la aniquilación, el aislamiento o la explotación doméstica, los indígenas quedaron fuera de la comunidad Nación y de su organización republicana. Por eso las tierras esperan aun volver a sus originarios dueños. Por el momento todos los colores -y la Patagonia misma- siguen siendo de Benetton.

Llegué a una familia de nativos argentinos en la que cada abuelo venía de un rincón diferente de la vieja Europa, de la Europa pobre y hambreada, salvo uno, claro está, que sólo conoció mi abuela yugoeslava: un criollo guitarrero de la provincia de Santa Fe que según dicen, se llamaba Lencinas.

Los migrantes son eternos peregrinos que descifran el silbido de los vientos, presagian lluvias y catástrofes, celebran el sol y la abundancia maltrecha.

De esos seres hablando códigos secretos, de esos cofres de tesoros miserables con los que atravesaron el Atlántico, de esa esperanza del que siempre llega, del que siempre va, y de la vivencia criolla y campesina que los esperaba en Santa Fe, se tiñó mi vida para siempre.

Los libros también son viajes, ni tragedias, ni dramas. Renacimientos.

I
SUR

GALLINAS

Hay quien escribe por el puro placer de llegar a una moraleja. Un viejo ejemplar de un libro de lectura de segundo grado de escuela primaria que se llamaba “Los Teritos” circulaba en casa el día en que el hombre llegó a la luna.

Mis padres me leyeron un primer cuento, “La gallinita trabajadora”. ¿Podría haber sido de otro modo? Un cuento que se precie de tal debía impartir para ellos lo que está bien y lo que está mal. Y en el verbo impartir se encuentra escondida la palabra partir, que quiere decir en castellano por lo menos dos cosas: romper y tomárselas. Reparará usted aquí la clave de todo viaje.

Yo tendría tres años y escuchaba embelesada aquella historia de una gallinita que trabajaba y trabajaba, y a la que nadie quería ayudar, y ella no se acobardaba y seguía trabajando con sus pollitos sin descanso. Sembraba trigo, lo cosechaba, lo molía, un buen día hacía un pastel y... Y comenzaba el festín con sus polluelos -así terminaba la lectura-. Y en casa todo el mundo asentía aliviado frente a tan justo desenlace.

Hay quienes educan para llegar a la moraleja y hay quienes moralizan porque piensan que eso es educar.

-¿Y la libertad en todo esto?

-La libertad es más puta que las gallinas- escuchábamos decir a los adolescentes del barrio. Y chiquitos como éramos ya registrábamos que para ellos ser puta era algo malo, aunque se la pasaran yendo de putas y que ser libre era todavía peor.

Hay quien escribe por el puro placer de llegar a la moraleja, y hay quien lo hace para saberse un poco más libre.

PANADERO

Las guarderías portan bien su nombre. Son como armarios para apilar pibes de cero a cinco años y de ocho a seis de la tarde. ¡Qué prácticas!

Empecé la mía a los cuatro, en una sociedad de fomento con club de bochas que albergó una durante un par de años, en el Club Ituzaingó de Villa Galicia - Temperley. Mi maestra se llamaba Mónica, y tenía a sus preferidos, Gustavito y yo. Éramos los únicos que recibíamos abrazos y besos de esta señora de guardapolvo flamante que olía tan rico y a quien todas las cadenitas y pulseras le hacían ruido al caminar, lo que literalmente me fascinaba.

Un buen día la señorita pidió una lista de tesoros infantiles: Plasticola, Pico Rojo, vasito en acordeón para tomar agua, tijerita, lana, papel glasé, piedritas, botones, palitos de helado, una pelotita de ping pong, corchos y piolines.

Todo debía estar en una caja de zapatos, forrada en el papel que más nos gustara con etiqueta y nombre. Mamá me lleva al kiosco de Don Juan a elegir el papel plastificado que cubriría la caja, y entonces sin dudar un instante me quedo con el de pajaritos. Gorriones de todos los colores sobre un fondo claro. Amo a los pajaritos y debe ser porque vuelan, y que además cantan. (Porque cantar ya es mi placer secreto). No entiendo lo que dicen las canciones pero a mí no me importa porque yo vibro cantándolas. Canto todo lo que escucho y escucho todo lo que se canta, balbuceando palabras que no puedo memorizar aún porque no las comprendo, al revés de ahora.

Canto y todo vibra en mi interior, armonizándose con la música que es como el perfume de la vida. En eso la música se parece a la Poesía que también es perfume. ¿Saben que los antiguos maestros perfumeros le robaron a la música todo su vocabulario? Una nota floral, un acorde de aromas... Todavía no sé ni

leer ni escribir, pero yo canto con mi madre esta versión musical de Hansel y Grethel:

Más allá en el bosque en una casita
Viven con sus padres Juan y Margarita.
El padre hace escobas que sale a vender
Le ayuda la madre y los niños también.

En la guardería cantábamos las flamantes canciones de María Elena Walsh. Gustavito era “El Brujito” y la pequeña “Mirta”, en cuatro patas era la vaca que “no podía decir ni Mu”. La vida del jardín me gusta, aunque los días a veces se me hacen largos.

Cuando mi gata tuvo gatitos mamá los llevó en otra caja a la guardería. A las hembras les puso un moño rosa, y a los machitos uno celeste. Así empezaba yo a vislumbrar una diferencia que me invitaba implícitamente a elegir un color, también para mí. Recién en el Corso de San José, varios años más tarde, descubriría un color intermedio con Los Mimosos de Burzaco, la murga transexual de los años 70, que haría explotar mi cabeza de preguntas sin respuesta.

Un día recibimos en el comedor de la guardería una visita rara. Todavía veo una mesa baja y larguísima llena de chicos y chicas sentadas en sillitas de madera verde y azul. Un panadero, esa florcita como salida de un cardo, tan familiar en los suburbios argentinos, irrumpió en la sala y se armó entonces un gran revuelo.

Liviano, henchido, frágil y ligero... todos queríamos tenerlo. Los chicos gritan, saltan, lo persiguen, hasta que alguien lo atrapa y lo guarda celosamente en su mano. Todos corremos hacia él, para verlo... y cuando la manito se abrió descubrimos atónitos que todo se había muerto.

La metáfora más temprana del amor que he conocido.

PRIMER VIAJE

Fue de Témperley a La Capital y yo tendría cinco años y una hermana jovencita que quería y admiraba. Entre las cosas fascinantes que hacía, (estudiar, comer manzanas, y yogurt La Vascongada en frasquito) una era tener novio. Un novio de ojos gatunos que siempre la acompañaba con el brazo alrededor de los hombros. Se reían mucho, jugaban de manos y visiblemente se querían.

Marga y su enamorado, que se llamaba Jorge Guzmán, me llevaron por primera vez al cine para ver Pinocho, de Walt Disney. Yo encantada, fantaseando que eran mis verdaderos padres, porque en los años sesenta los padres jóvenes eran raros y muy diferentes de aquellos que habían pasado los treinta como los míos, a quienes el sabor ambiente consideraba ya viejos.

Esa tarde me pusieron un vestido de lana cortito tejido por Emilia, mi abuela paterna, todo a rayas horizontales rojas y bordó. El bordó era el color preferido de mi abuela yugoslava. Una mujer dura, buena, inteligente y analfabeta, hija de campesinos anarquistas.

Después del colectivo hasta la estación de Lomas de Zamora y del tren hasta la capital federal, descubro el subte metropolitano. La escalera mecánica me paraliza. Marga ya bajó y yo me quedo arriba mirándola aterrada. Presa de pánico y de vértigo no pude apoyar el pie en el escalón descendente. Me llaman desde abajo pero yo no puedo. Entonces ocurre lo inesperado, una mujer viene de atrás, me empuja y hop, chuequita y paralizada asisto atónita a una bajada hacia lo desconocido.

El recuerdo más maravilloso de ese día fue el principio de la peli de Walt Disney. Un castillo, un hada con alitas, hace un toque mágico con su varita y llena un cielo azul de estrellas... La música lo enaltece todo. Estoy tan feliz que mis ojitos se llenan de lágrimas, y la historia empieza:

Ese grillo que es la conciencia buena, y ese otro que es la conciencia mala... y ese niño que no quiso mentir pero lo hizo, y ese papá carpintero que creó a su propio hijo... y la escapada de Pinocho y la búsqueda terrible. Y yo lloro por papá Gepetto, y por esa ballena inmensa que todo lo traga y la nariz de Pinocho que lo delata, y...y la película es muy larga y ya no la sigo más porque me aburre.

El aburrimiento puede ser un fiel compañero en la vida. Siempre entusiasta al principio, lo que no se mueve termina por dormirme, y lo que se mueve demasiado por cansarme. ¿Será que no tengo paciencia? Mi madre me dijo a los veinte años que lo más difícil en esta vida era aprender a esperar. ¿Esperar qué?

Pinocho fue la primera metáfora de la mentira.

LA NÁUSEA

Me sirven una taza de leche con Cocoa en la mesa de la cocina.

La leche hirvió y de ella emana el aroma nauseabundo de todas las mañanas.

¿Cómo era un invierno de entonces en Villa Galicia? Frío. Frío, mal comido y con ese olor a desayuno en ayunas, que rebalsa de un jarro de aluminio cubierto de una capa espesa.

Sentada delante de la taza no me decido a acercarle los labios. Los minutos pasan, el silencio pesa, y la nata empieza a ligar el perímetro de aquel círculo de loza amarilla.

Las recriminaciones comienzan, pero a mí me es imposible tragar un sorbo.

-¡Inconsciente! ¡A los quince años vas a perder todos los dientes!

Ironías del destino, tuve mi primera carie bien tarde.

El mío fue un hogar lleno de gentes, que a veces daba sensación de vacío. La gente viene a casa durante todo el día. Son del barrio o de la sociedad de fomento, o del partido, o de la escuela, o del colegio, o de la universidad. Vienen para saludar, o para proponer, o simplemente para llorar. Siempre hay alguien que llega, y alguien que se va. La pava silva una nueva ronda de mate a repetición.

Golpean la puerta de calle y los grandes van a abrir. Me digo entonces que Dios Existe. Como en un acto relámpago, tomo la taza de leche, la llevo al patio y la vuelco en la tierra. Era todo lo que le faltaba a ese jardín salvaje y abandonado

en la trastienda de una casita siempre a medio hacer. Nerviosa, voy corriendo y me siento a la mesa con cara de nada delante del tazón vacío.

Los adultos llegan a la cocina, reparan inmediatamente en la taza vacía y me ligo un cachetazo:

-¡Con todos los chicos que se mueren de hambre en este mundo y Ella tirando la leche! Ella tirando la comida, Ella queriendo ser bailarina, Ella haciéndose la coqueta, Ella preocupándose por el vestido.

Esa Ella era en realidad Yo-Tratando-de-Existir.

“No todos tuvieron la suerte de tener padres comunistas”, fue el título de una película francesa de 1958, cuyo argumento fue resumido así por la crítica: Deportada a Auschwitz con sus padres, Irene (actuada por la Francesa Josiane Balasko) mantiene una gratitud inalterable para con el ejército soviético que la sacó de los campos de la muerte, convirtiéndola en una animada y ferviente activista comunista.

La comedia francesa duraba sólo 100 minutos. La temperleiana prosigue: salgo al patio liberada por un cachetazo. La leche casi desapareció de la tierra húmeda, pero un manojo de moscas verdes se da cita en la aureola blanca, también con gratitud.

Cuando yo escuchaba a mi padre defender fervientemente “La Copa de leche” en sus discursos contra “La carestía de la vida” a fines de los años sesenta, desde mis cinco años me costaba entender tanto entusiasmo por esa bendita taza de leche.

Hasta que un buen día me enfermé de sarampión. Como acudiendo con una receta médica y milagrosa, mi madre trae a la cama un tazón de leche hervida

con miel. Me obliga a beberla sorbo a sorbo. Cada vez que quiero decir algo... ¡Glup! Tengo que tragar.

Cuando el bol queda vacío es entonces que mi cuerpo toma la palabra. Un vómito estalla en el cubrecama verde de mi madre. Afiebrada y aliviada, contemplo aquel paisaje devastador.

Ese día pareció que entendieron. Nunca más me obligaron a tomar esa maldita taza de leche hervida en nombre del calcio para mis dientes y la miseria de este mundo.

MIRO Y CUENTO

Heredábamos de mis primos ropas y revistas de historietas que por aquel entonces no sabíamos leer. Me intrigaban tanto aquellas secuencias de dibujitos de las que no podía adivinar desenlace alguno, que esperé ansiosa la primaria para aprender a leerlas.

La escuela llegó con el número cuarenta y cinco. Era pequeña y la más cercana, con unas cinco aulas de cemento y dos de madera terciada pintadas de azul en el fondo del patio. La Asociación Cooperadora, integrada esencialmente por padres, pedía a cada familia un ladrillo para reconstruirlas en material, pero nunca alcanzaban. Se vendían entonces alfajores y turrónes en los recreos, pero tampoco alcanzaba. Ninguna ayuda exterior, ni biblioteca teníamos. La maestra nos pediría también a cada uno un libro de cuentos para armar una de todo el grado que se guardaba bajo llave en un estante de su pequeño armario.

Mi primer día de escuela fue sensacional, con ese guardapolvos a tablitas que olía a nuevo, el único almidonado que tuve (después vinieron los de poliéster que no se planchaban), zapatos lustrados, medias tres cuartos increíblemente blancas, y el moño en la cintura.

Para mi sorpresa los pupitres eran iguales a los que se veían en las publicidades de la tele. Porque una muy buena parte de mi infancia pre escolar la pasé delante de la tele, mirando “Si lo sabe cante” de Roberto Galán, la novela en blanco y negro “Encrucijada” o “El show de Pipo Mancera”.

Mamá me forró un cuaderno con papel de regalo rosa. Primero nos hicieron llenar renglones de palotes, globitos y pelotas que cansaban mucho mi mano derecha. Después nos dieron un cartón rectangular con el nombre de cada uno en letra cursiva y grande, para que lo copiáramos hasta aprender a escribirlo.

Acaricio las hojas blancas de ese cuaderno y el perfume a papel no escrito me parece ya una promesa de felicidad. Me pasa lo mismo con el perfume interior de las verdaderas guitarras de madera.

Mi amor por el papel virgen es tanto que a pesar de escribir con ayuda de computadoras, las canciones las escribo en papel.

Aquel primer día de clase estaba muy feliz, aunque no fuera, lamentablemente, el caso de todos. El primero de la fila, Josecito Mafarotti lloraba desesperadamente ante la partida de su italiana mamá que presurosa enjuagaba sus lágrimas. La Señorita Nidia decide entonces sentar a Josecito sobre su escritorio para decirnos:

-Ya se le va a pasar, hay que esperar que las bolsitas de agua que tiene en las orejas se le vacíen. Risotada colectiva y llanto aún más desconsolado del pobre Josecito. La vida en sociedad empieza a veces siendo muy cruel.

En tercer grado ya nadie lloraba. La Señorita Estefanía escribió una mañana en el pizarrón: "Miro y cuento", y llenó su escritorio de figuritas recortadas de revistas infantiles "Anteojito", "Billiken" y "El Mono Relojero".

Nos llamaba, elegíamos una imagen, y volvíamos al banco para escribir una pequeña historia que debíamos inventar a partir de lo que veíamos. Algo así como el antes, el durante, y el después.

Me siento y escribo. Qué divertido, todo fluye. Termino y le muestro el cuaderno a la maestra que me da otra figurita más. Escribo otra vez, le llevo mi nueva historia, la celebra con una sonrisa y me da otra, y así, con seis figuritas lleno dos páginas del cuaderno. Satisfecha, la Señora le lleva el deber a la directora, que era la persona más vieja de la escuela.

En un castellano que hoy suena rarísimo, volvió el cuaderno a mi portafolio de cuero marrón con un: “Te felicito, **escribes** muy bien”, pero ya sin la sonrisa.

EL ENCUENTRO DE LOS ARGENTINOS

Buenos Aires, 1971.

Mi abuelita hacía un culto del ahorro y del trabajo. El primero me fue imposible, el segundo, salvo felices y creadoras excepciones, una actividad más bien tediosa.

Es sábado por la noche y con mi hermano Marcelo esperamos la vuelta de papá para ir a un asado en el Encuentro Nacional de los Argentinos que nos prometiera a la mañana. El E.N.A. funcionaba en un galponazo con techo parabólico en Llavallol que oficiaba de sede. Mucha gente se congrega, hay mesas con libros, posters y manguitos de cocina tejidos al crochet que se venden a beneficio de “los presos políticos”, figura recurrente ésta en la historia argentina.

Estas fiestas son mi primer contacto con un mundo de artistas originales, y ese mundo me electriza: una mujer llena de rulos pelirrojos con una gargantilla negra -en la que se luce de costado una enorme rosa roja- canta himnos que taladran el viento. Se llama Nacha, y le pregunto a mi papá si es la mujer del Che.

También vendrá un tano de voz ronca y nombre de profeta, Gian Franco Pagliaro a quien todos esperan impacientes. Cantan por la libertad de un obrero cordobés con un overol preñado de ideas y una promesa de revolución en puerta. Los posters tienen su cara y en la firma se lee Castagnino. Allí deletreo “Libertad a Agustín Tosco” y “Por una Navidad sin Presos Políticos”.

Papá llega a casa y le decimos que ya estamos listos para ir al asado, pero nos dice que es fin de mes y que no tiene ni un peso, así que pasaríamos la noche en casa.

Entonces la cara se nos ilumina cuando nos acordamos de la alcancía que me regaló la abuela Emilia. Una canastita de plástico verde sobre la que se mueven rígidas, una muñequita y un par de gallinas que picotean como autómatas un pasto pintado.

Para cuidarla de la pelusa ambiente la abuela la puso en una bolsita de nylon transparente en el estante de arriba de la biblioteca familiar. Todo lo que la abuela atesora lo mete en una bolsita de nylon. Bajo la alcancía del estante, le saco el envoltorio y vuelco sobre la mesa nuestro capital: quince pesos en monedas.

Hacemos cuentas, un choripán y una Coca-Cola cuestan en la fiesta cinco pesos, así que tendremos para cenar los tres. Papá se rinde a la evidencia y nos vamos de parranda.

La fiesta y las peñas serán por siempre casi el único destino de mis rarísimos ahorros.

ERRE CON ERRE

Para mis ocho años me regalaron una guitarra. En la etiqueta de adentro se leía en letras doradas Rómulo García. Tenía ese perfume a madera característico de los instrumentos a cuerdas que por entonces y a pesar del precio, no venían de Taiwán.

Cristina, la señora que nos cuidaba, dijo que conocía a alguien que me podría enseñar a tocarla y allí me llevó, era en la esquina de su casa. Una mujer joven y maciza de cejas muy finitas y negras y un vestido a pintitas muy apretado, me enseñó a solfear. Eso me encantaba.

Aprendí primero dos canciones. Iba y venía con un cuaderno con las letras de una zamba y de un vals, ambos en La mayor. Volviendo a mi país, con casi cincuenta años, mi primer reflejo fue comprarme unos cuadernos para escribir de nuevo canciones argentinas.

Los acordes musicales me resultan desde entonces fascinantes. Llamados también los tonos de una canción, en realidad no son más que varias notas que guardan ciertas distancias entre sí, tocadas simultáneamente. Aprendí que los había Mayores y Menores. Con ocho años trataba de explicarme la diferencia entre estos dos modos. Cuando hacía en mi guitarra un La mayor los sonidos me hacían acordar a la mañana, alegre, soleada y entusiasta. En cambio cuando hacía un La menor la cosa sonaba triste, melancólica, como cuando atardece. La única diferencia entre ambos -la aprendería muchos años más tarde- era medio tonito en la segunda nota del acorde. Sorprendente. Un cuasi elemento corrido apenas de lugar y una atmósfera completamente transformada.

Quien quiera emocionarse con la música tendrá que sorprenderse con estas alegrías y tristezas propias de su arquitectura vertical. Muchos libros describen la construcción formal de los acordes y las reglas de la llamada Armonía

tradicional. Sin embargo -como me dijera un viejo maestro- ninguno explica por qué, con solo medio tono de diferencia en la nota del medio, los acordes nos producen sentimientos tan disímiles.

La profesora de guitarra era alguien importante porque, decían, estudió para concertista y entonces querían hacerme tocar por música es decir, leyendo notas en las partituras.

Contrariamente a lo esperado por la familia a mí me cuesta y no me sale. Me confundo en el libro los numeritos que marcan los dedos de la mano izquierda con aquellos de la mano derecha. Teresita, la profe de la calle Zuviría me corrige exasperada, se enerva, y cuando vienen a buscarme dice textualmente: “En solfeo es una luz, pero en guitarra es un desastre”. Gran pedagoga. Esto me acompleja y sobre todo me apena, porque la señora que nos cuida me reta diciéndome que mi papá hace mucho sacrificio para pagarme esos cursos y que yo no los aprovecho.

Lloro toda la tarde con una culpa atroz, hasta que me duermo. Llega papá del trabajo muy tarde. Me despierto y le digo muy afligida que no quiero ir más a guitarra. Me dice que no me haga problema, que si no quiero ir, no iré más. En esa época todo parecía fácil con papá.

Pronto sería el tiempo de las peñas y de la vuelta del General Perón a la Argentina. Todo será fiesta y esperanza, acto relámpago y alegría. Bullicio, cancionero popular, sueños y rebeldía juvenil. Tengo un poncho rojo con flecos y guardas negras, una guitarra de estudio, y una voz que empieza a salir. En el Winco del comedor de casa da vueltas Horacio Guaraní:

Si se calla el cantor calla la vida,
Porque la vida,
La vida misma es toda un canto.
Si se calla el cantor muere el espanto,

La esperanza, la luz y la alegría...

Intrigada le pregunto a mi padre

-Pero ¿quién es ese cantor?

-¿Cuál?

-El que dice la canción.

-¿Cómo, no te das cuenta?

-No.

-¡El Partido!

-Aaaah.

Canté hasta los 13 años. Con la partida de mi hermana Marga y su hijita Greta a Europa en un barco gigante algo se calló en mí para siempre. La vida me daría una segunda chance, pero de eso aún yo no sabía nada.

II

APRENDIZAJE

PRIMER AMOR

“Hace Tiempo nacía un hombre entre mil hombres

Una lucha entre mil luchas

La pasión, nunca la vergüenza.”

Marcos Cahen Arizi rezaba la firma de aquella esquila en papel naranja, la primera declaración de amor que mis ojos escuchaban perplejos:

-De padre inteligente que se equivocó de época,

Madre, abre tu puerta, no naciste sólo para ser médica.

A punto de cumplir mis dieciséis años, delante de la torre de los ingleses en la Plaza Retiro -la réplica porteña del Big-Ben londinense- asistía absorta a la declamación apasionada de aquel adolescente de Adrogué que me intrigaba y atraía confusamente.

-Y de pronto llegaste vos, mi dulce obrera

Mar y tierra, pura alta y bella.

Música tu voz, el mar hecho poema,

Tu sol, tu ideología, todo en tu voz,

Todo en tu tierra...

Pánico. Mi cabeza se pregunta claramente “¿Qué voy a haceeeer?”... Le tendría que decir que no... ¡si no me gusta!... ¿No me gusta? ¿O a lo mejor me gusta? ¿Me gusta o no me gusta? Depende. ¿Depende de qué? ¡Qué se yo! Desconcierto debutante y un sudor frío asomándome en las sienes.

-Te espero, te quiero, quizás no vengas

Te espero, te quiero, mi dulce obrera,

Mar y tierra, pura, alta y bella.

Y entonces me salió una suerte de “Sí” inconfeso, y nos besamos torpemente. Fue casi una solución elegante para que no se viera el apuro en el que estaba. Este tipo de soluciones habrían de sorprenderme alguna vez más en la vida. Parece que el miedo al ridículo es una característica de nuestro ser argentino. Y del ser nacional ya hablaban algunas propagandas militares en la tele, como la de Tiempo y esfuerzo, esenciales para cualquier logro o la del sello en la frente al ciudadano con la palabra atroz Responsable.

Los franceses -en cambio- para darse coraje dicen: Lo ridículo no mata. En fin. Horas más tarde volvimos a los suburbios de Témperey, ya tomados de la mano, él con mucha pasión, yo con mucha vergüenza.

Habíamos pasado una noche caminando juntos por la capital, y me había encantado su compañía. Marcos era un chico inteligente e íntegro. La inteligencia es un bienpreciado y a veces tan incomprendido. Siempre me gustó la compañía de seres inteligentes, para conversar, para crear, para desear, admirar y compartir. Lamentablemente como en todo siempre hay crueles excepciones.

En la cocina de mi casa encendimos de madrugada la televisión para ver al joven Maradona lucirse en la Selección Juvenil Argentina de fútbol.

Al amanecer la helada cubrió el pasto de la vereda, y mi recién estrenado novio se despidió con esa sensación de misión cumplida, que premia a veces, el coraje de los hombres.

PRIMER EMPLEO

La madre de mi primer novio es psiquiatra y está completamente loca, lo que parece divertir mucho a sus hijos. Debo consultarla por un test psicotécnico al que me envía una empresa en la que dejé un primer currículum vitae, prácticamente vacío.

Mi primera suegra -que era también médica forense- me aconseja entonces que dibuje árboles redondos para evitar símbolos fálicos, que no le haga a la chica una cartera porque quiere decir que guardo secretos, que tampoco me dibuje con hombros muy cuadrados para no parecer agresiva, que evite el humo en la casita porque son problemas, y ¡ah! que vea el inodoro. Hay que ver el inodoro en la secuencia de manchas que me van a mostrar.

Le agradezco y me digo que soy una chica con suerte.

Me presento el día del test frente a otro profesional del psiquismo.

-Su abuelo materno ¿a qué se dedica?

-Es ebanista

-¿Y su abuela materna?

-Vegeta.

El señor tose. (Empecé cortando camino -me digo-).

-¿Qué le hubiera gustado ser en la vida si no fuera lo que es?

La pregunta, completamente inesperada, lanza mi alma al espacio infinito, y sin reflexionar respondo:

-Un libro de poesía.

-¿Para qué?

-Para conmover. (y mi respuesta me sacude).

-¿Y qué no le hubiera gustado ser, si no fuera lo que es?

-Una vereda.

-¿Por qué?

- (Reflexiono) Porque todos pasan, la pisan y ni siquiera la ven.

Me muestran unas fichas de cartón y ahí nomás reconozco el inodoro. ¡Uf!

Salgo de la entrevista convencida de que jamás me darán el puesto. ¿A quién se le ocurre hablar de poesía en un test para entrar a un banco? ¡Qué imbécil! ¿Qué me pasó?

Me pasó que entrar a un banco para sobrevivir es a veces la muerte, y que yo, con mis diecinueve años, sólo quería vivir.

Vivir será siempre el mayor de todos mis deseos y el primero de mis interrogantes.

PRIMERAS NUPCIAS

Aquella mañana me levanté como cualquier otro día.

Mis veintiún años en plena revuelta ideológica consideraban al matrimonio como un trámite, sin más.

Para que me peinen un poco llegué a la peluquería del barrio. Había sido montada en el garaje de una típica casita del gran Buenos Aires. Puerta, ventana, porche encerado y portón de entrada para autos. En lugar de un auto había allí dos espejos, dos sillones, una mesa ratona sesentera con fotonovelas, una canasta llena de rulos y piquitos, dos secadores de pelo con forma de huevo, y una señora que hablaba todo el tiempo de la novia de su hijo.

Llegué sin turno y como no había nadie la peluquera empezó su trabajo. Siempre tuve poco pelo y muy finito. Como soy más alta que el común de las chicas, la peluquera me aconseja la permanente “para no parecer un fosforito”, me dice. Así se van construyendo los complejos. Como por casualidad le cuento que en unas horas me caso. La peluquera no lo podía creer: -¿Pero cómo no me lo dijiste antes?!... Esperá.

La señora trae una cremita llena de arena que me pasa por la nariz, siempre brillante. Después, con otra crema, me masajea las mejillas y las sienes, me propone un aceite en las manos, y me pinta las uñas de color rojo.

Luego del peinado prosigue con el maquillaje. Para mí fue muy agradable, pero me costaba entender el sentido de aquellos gestos. En realidad pienso hoy que no sabía lo que era un ritual. ¿Por qué la gente le da tanta importancia a todo esto? -me preguntaba entonces-. Éramos tan marcianos, me digo hoy.

Con los años, el recuerdo de aquel joven casamiento me parecería algo austero. A los 20 años una tiene la vida por delante y un casamiento es una bagatela. De la ideologización juvenil de todo pasaría más tarde a una compensación algo frívola que repondría un poco de ritual en las estanterías de mi vida.

Pronto iba a ser “la hora del civil” y tenía que irme. La señora no me quiso cobrar nada, me besó y me deseó mucha suerte, y sus ojos se llenaron de lágrimas, que entonces no entendí.

En casa me esperaban la familia, mi novio mendocino y mi único vestido que era suavecito y beige. Mi tía llegó de Quilmes con un tapado de piel sintética que se sacó y que yo me puse inmediatamente para el Civil. Estaba calentito y me resultó muy agradable. Ella se puso otro de tela azul que traía en una bolsa.

Mi cuñada nos regaló unas alianzas de bronce que parecían de oro, y que Hebe, una amiga de la facultad, elogiaba sin cese. Eran gorditas y ostentosas como ella. Las aceptamos con algo de resignación.

En un libro de simbolismos aprendería más tarde que los metales, es decir los metales preciosos, funcionaron en muchas civilizaciones como símbolos sociales de respetabilidad. ¿De verdad seríamos así más respetables?

A los pocos días, nuestros dedos se pusieron verdes y tuvimos que archivarlas en el cajón de la mesa de luz de pino, sobre la que mi flamante marido acumulaba libros de medicina. (Para cuando saldría embarazada por la calle, mi madre me daría su alianza de oro).

Almorzamos en familia y los recién casados hicimos una siesta que todo el mundo aprobó con risitas cómplices.

A la noche llegaron mis amigos y compañeras de la facultad y cenamos con pollo asado y ensaladas que mis nuevos suegros habían preparado felices. Estaban casando a su primer hijo y aquello significaba mucho.

Estábamos todos, todos menos mi hermana, mi hermano y mi papá, que ya se había muerto una primera vez. Muchos años más tarde, ya en Francia descubriendo la canción “La Marche Nuptiale” del cantautor Georges Brassens, me dieron ganas de contar en una propia aquellas bodas en Temperley.

DESPEDIDA

Mi abuelita paterna Emilia me conversaba mucho en verano a la hora de la siesta. Así supe que su padre yugoslavo había sido anarquista y que para estar en las reuniones que se organizaban en su casa santafecina, la joven Emilia, gringa y criolla, les cebaba mate. De otro modo no le hubiera sido posible escuchar nada: “La política no era cosa de polleras.”

Llamo la atención sobre el hecho de que exactamente cien años más tarde, en las fotos de las mesas nacionales de muchos partidos políticos argentinos, incluyendo los progresistas y de izquierda, no se ven muchas mujeres. Me lo contó un pajarito llamado Facebook.

Mi abuela era una apasionada de la vida, y vida era para ella sinónimo de militancia. Supo transmitir esa pasión a mi padre, que siendo un pibito repartía leche con su hermano Dino en un carro a caballo, vendiendo el diario de “La República Española”, ambos vistiendo un trajecito de las milicias republicanas.

Mi abuela murió siendo analfabeta y llevando en su carterita la almohadilla de tinta con la que su pulgar firmaba a la hora de cobrar la pensión de viuda. Al lado de la caja de metal tenía siempre un cuaderno “Tambor de Tacuarí” en el que ejercitaba con lápiz renglones de sílabas y palabras descosidas, que deletreaba luego en voz alta con dificultad.

A mi turno me impregné yo de esa pasión bizarra que invade los espíritus ávidos de algo, algo que seguramente les falta. Siempre hubo en mi país varias Argentinas. En la nación europeizante de la época, había dos expresiones políticas blancas, el Anarco-sindicalismo y la Unión Cívica Radical, esta última, con el mérito de haber sido el primer movimiento político nacional del país.

Décadas más tarde vendría el movimiento nacional por excelencia, que ofreció por primera vez a los criollos del interior, a los descendientes de aquellos indígenas aniquilados, una opción propia, el Peronismo, que muchos, descendientes de aquellos blancos o mestizos blanqueados, siguen odiando.

En la familia Marquisich las cosas habían arrancado mucho antes, y de otra manera. Por eso no adhirieron al peronismo y sólo vieron en él algo imperfecto, que no encajaba en los manuales, tan caros al espíritu “codovilense” del comunismo de la época.

Tres generaciones más tarde de aquellas reuniones, las discusiones seguían siendo las mismas y en el siglo XXI, el peronismo -de la mano de un tal Néstor Kirchner- se volvió transversal, lo que posibilitó de alguna manera que algunos peronistas se vuelvan menos macartistas con los zurdos y que algunos zurdos se vuelvan menos gorilas con los peronistas. Nació así el kirchnerismo, que hoy lidera indiscutiblemente una mujer empoderada, Cristina Fernández.

¿Y hay más izquierda afuera? Sí, claro, adeptas a revoluciones perfectas que siempre creen tener razón. Lástima que la razón, como todos sabemos, es como el aire que se respira: está en boca de todos pero nunca por mucho tiempo.

A defecto de razón, los primeros anarco-comunistas tenían sed de ideales, y les alegraba creer que, esa pobreza en la que vivían guardaba al menos un sentido, transformar este mundo, y que aquello los elevaba moralmente. Todo eso iba forjando una mística. La mística es un capricho del espíritu más bien armadito, sin el cual la política (y la vida) se volvería muy pero muy sonsa. Hoy llamaríamos a esa construcción “relato”. Todos construyen su mística y zurdos como éramos nos alimentábamos de la nuestra.

En cuanto a las organizaciones políticas con sus jerarquías y cadenas de obsecuencia desde hace tres décadas me resultan difíciles de integrar. Cuando

me regalaron la novela “El hombre que amaba los perros” del cubano Leonardo Padura entendí mejor el por qué.

Volviendo al pasado, a mis 19 años, papá había muerto de su muerte biológica y yo tuve un brote de militancia, quizás para sentirme más cerca de aquel padre idealizado que en realidad desconocía. Mis hermanos estaban ausentes y el entorno familiar, vecinal y partidario lo enaltecía. Yo extrañaba su presencia y nuestras charlas y experimenté por primera vez un sentimiento penoso, el de la orfandad.

Prima hermana de cierta “infantilización” a la que las mujeres solemos abandonarnos, la orfandad es una de las peores consejeras en la vida afectiva de las mujeres. Huérfanxs somos todxs, tarde o temprano. Creo que empoderarse, palabra de moda en estos tiempos feministas, es sobre todo correrse de ese lugar, del lugar de la orfandad, siempre un poco autocompasiva.

“Lo personal es político”, dice el feminismo. Y sin embargo debo decir que en mi casa lo político siempre fue demasiado personal. Y no sólo en mi caso, conocí a muchas otras personas con vivencias parecidas.

Pola Bianco era una compañera universitaria de veinte años que estaba yéndose seis meses a estudiar sendos manuales de filosofía, historia y economía política, escritos por grises eminencias.

En el primer congreso de la Federación Universitaria Argentina, después de la dictadura militar, Polita Bianco me contó muchas cosas de su corta vida, y esta aventura en una universidad rusa también.

Pola Bianco dejó el país con un grupo de jóvenes como ella. Todos se hospedaron en una residencia universitaria en las afueras de Moscú, en la que paraban estudiantes de todo el mundo. Los encuentros en el comedor de la residencia eran de lo más surrealistas. Por ejemplo, el de un estudiante africano, un

príncipe de Sierra Leona con Griselda, una piba de Ingeniero Budge, en Lomas de Zamora.

El alto y trajeado príncipe negro, que ya contaba con varias mujeres e hijos en su haber, se enamoró perdidamente de la reservada Griselda, que por otra parte había prometido su corazón a Cacho, su novio de toda la vida.

Como parece era la costumbre, el príncipe tenía que pedir la mano de Griselda a un hombre de su familia. En este caso no había familia, entonces se dirigió “naturalmente” al responsable del grupo argentino de estudiantes, que se divertía mucho con lo rocambolesco de la historia, porque Griselda veía venir a su majestad y corría a esconderse detrás de puertas y escritorios. Hoy llamaríamos a esto acoso, pero en aquel tiempo ni lo registrábamos, aunque tratáramos de esconderla, claro está.

Gracias a una conversación entre hombres la chica fue liberada del asedio y pudo al final de sus estudios volver a su barrio para casarse con su querido y conocido Cacho. No sabemos si esto redundó en mayor felicidad para ella, pero sí que así lo quiso, y que, diplomacia patriarcal mediando, el príncipe africano, no pudo más que aceptarlo. Esta reunión entre hombres sobre el destino de una mujer me quedó siempre dando vueltas en la cabeza. ¿Qué hace que una mujer tenga que vivir bajo tutela y que ante hombres acosadores tenga que recurrir a otros, hombres protectores, para que la dejen tranquila? A veces el miedo al abuso, otras la costumbre, y en aquella época, creo que era la falta de palabras (y por ende de conceptos) para llamar a las cosas por su nombre.

Hablando de las palabras y las cosas, Polita me contó también que el pensamiento social de aquellas escuelas rusas estaba bastante anquilosado, y que ya había por aquellos años intelectuales locales que se rebelaban, aunque más no fuera en voz baja. Seguramente eran los brotes de la Perestroika que llegó después para desempolvar mucha pieza de museo.

Les cuento. Parece que lo más sabroso de aquella aventura académica juvenil pasó un día antes de que Polita Bianco y el grupete estudiantil emprendieran la vuelta a su país.

Las valijas estaban hechas y todo preparado para el regreso al día siguiente. Pola me contó que los seis meses de invierno crudo, la lejanía de los seres queridos, la idiosincrasia diferente de ese país y su gente, los diecisiete grados bajo cero que cristalizaban hasta la humedad de la nariz, la comida tan distinta, el aislamiento de la residencia... todo acrecentaba en la mayoría de los becados latinoamericanos las ansias de volver a casa.

En ese contexto, la inminencia del retorno del grupo argentino provocó envidias múltiples en quienes debían quedarse bastante tiempo más.

Cuando Polita acudió al llamado de la puerta de su habitación creyó que se trataba de alguien que vendría a despedirlos. Eran en realidad los compañeros uruguayos, que en lugar de abrazo trajeron palanganas de aluminio en las que habían disuelto un jarabe de granadina que se servía como refresco en el comedor, mezclado con agua y con talco.

Los tres orientales vaciaron sobre los argentinos anonadados las sendas palanganas con el menjunje, dejándolos pegajosos y sin capacidad de respuesta.

Y fue allí que comenzó el gran despelote. Pola me aclaró que ésta fue la única guerra de guerrillas en la que participaron. De todas las habitaciones salieron estudiantes latinos con palanganas para participar del gran carnaval de despedida a los Argentinos, hasta que un estudiante ecuatoriano, de apenas quince años y papá de varios niños tuvo la mala idea de romper un cristal de la pared y desenroscar la manguera anti-incendio de la escuela universitaria.

El agua salió disparada como si hubieran abierto una represa hidráulica. Se extendió por todo el pasillo de la residencia y empezó a caer en catarata desde el primer piso a la recepción, inundándolo todo.

En la entrada, una viejecita guardiana llena de condecoraciones de guerra llamaba desesperada por teléfono: ¡Police, police, police! Era La mama comandante (sic), decana de todas las guardianas de la casa.

Lo que nadie por entonces sabía en esa residencia, era que los bomberos estaban militarizados, con lo cual, en el mismo momento en que se desató la manguera empezó a sonar la alarma de incendio en el mismísimo Kremlin.

Creyendo que la universidad estaba en llamas cayeron a la residencia camiones de bomberos que preguntaban en un ruso incomprensible, quiénes habían armado aquel revuelo, mientras intentaban llevarse del brazo al ecuatoriano adolescente que con una toalla en la cintura y en chancletas se defendía diciendo en español: “¡Yo no fui el que empezó!”.

Según el testimonio de Pola, aquel día los uruguayos no quisieron asumir su parte fundadora en el escándalo y se encerraron herméticamente en su habitación. Los bomberos que no hablaban castellano sólo entendieron varias veces algo como los Argentinos. Así que enroscaron la manguera fatídica y desaparecieron, mientras los residentes limpiábamos y secábamos todo. Al otro día el grupo fue convocado -siempre según la versión de Pola- en el despacho del director de la escuela para recibir un gran sermón reprobatorio.

Como eso no le alcanzó, el director hizo lo mismo en el comedor de la residencia unas horas después y delante de estudiantes del mundo entero, trató al grupo de jóvenes argentinos de rufianes trotskistas. Jajaja. En el derrotero de la vida, los enemigos suelen encontrarse. ¡Qué bochorno! Los jóvenes estalinistas trataban de comprender ¡Cómo les había podido pasar todo esto en la madre patria y un día antes del regreso!

Como la almohada porta siempre buen consejo, al otro día, pudo más la vergüenza y los uruguayos se presentaron a la dirección de la escuela para asumir la iniciativa del carnaval de despedida, limpiando a los argentinos de la responsabilidad histórica de la inundación, al menos ante el director, quien por otra parte, jamás se disculpó por sus acusaciones infundadas.

Ahora sí se podían ir todos algo más aliviados. Pola me relató la última imagen de aquella triste y accidentada partida: la chica más bella de la delegación danesa, Michelle, despidiéndose de Esteban, un compañero de San Antonio de Areco, que desde el vidrio de atrás de un colectivo monocolor, la vio caer arrodillada y llorando sobre la nieve con las manos en la cara.

El chofer ruso, al mejor estilo Carlitos de la sesenta, puso la primera y el viaje de vuelta estaba emprendido.

Flamantemente democrática, la Argentina ya los estaba esperando con la casa aún en orden.

SIGLO VEINTE

Cuando Graciela le preguntó a su amante cómo es que había tantos judíos brillantes, él la miró perplejo:

-Será que la inteligencia era lo único que nos podíamos llevar.

-¿La inteligencia? -preguntó Graciela- ¿llevársela como un par de anteojos?

-Sí, algo así.

-Y supongo que inteligencias las hay de todos los aumentos... ¿Y qué es para vos la inteligencia?- preguntó

-No sé, quizás la facilidad de relacionar cosas aparentemente ajenas o distantes. O de volver visible lo invisible. O al revés: poder esconder pudorosamente algo que no resulte de utilidad poner de relieve. En esto la inteligencia sería como la mística. Para un espíritu místico todo está unido por lazos invisibles: -“Los árboles y el silencio, y los hombres, y las mujeres conmigo”- recitó Graciela, acordándose de la canción de Daniel Toro, que como una plegaria declamaba Mercedes Sosa, cuando eran jóvenes.

-El siglo veinte estallará de sol, querida, lo mismo que tus ojos, agregó el amante. ¿Te acordás cuando leíamos a Nazım Hikmet?. Fijate que en esas dos frases poéticas y revolucionarias se daban cita el destino humano con el espacio sideral, el orden de las especies con la Humanidad y su gesta: La Naturaleza con la Historia, la Cultura con la Política. El marxismo de entonces era bien positivista ¿no? y confundíamos devenir con evolución y progreso.

-Sí. Y el partido se transformó en iglesia, y perder la fe nos costaba ser señalados como enemigos. ¿Y nadie se daba cuenta?

-Sí, algunos sí, pero eran marcados, relegados, separados. El resto íbamos por el mundo como testigos de Jehová anunciando la buena nueva.

-Es que sólo los místicos y los poetas se permiten el pesimismo. Son los únicos que saben recortar y pegar pensamientos a su antojo y sin mucho complejo o reparo ideológico. De alguna manera lo reinventan todo y en eso juegan a que son Dios. ¡Sí, Dios ¿qué me mirás? Así con mayúscula. Dios es una idea muy útil:

un arquitecto que concibió los planos de este mundo. Hay que atrevérsele y rehacer -hoy día- mini planos de todo. Por eso me gustan los artistas...porque se animan a eso.

-¿Che, era Julio Cortázar el que decía que de todas las invenciones humanas la literatura era la más verdadera?

-Sí, porque es la que más se parece a la vida.

-¿Será por lo mentirosita?

III

SOUS LE CIEL DE PARIS

CUANDO UNA PARTE

Acabo de llegar a París y apenas hablo francés, lo que reduce mucho mis posibilidades de vínculo. Extraño a mis amigos de Buenos Aires. Dos de ellos me cuentan que están haciendo un programa en una de esas radios libres que inundaron la ciudad por aquellos años, una FM trucha. Me dicen que les escriba un texto y que se los envíe.

Ahí va:

Cuando una parte la mitad de la vida le vuelve a nacer. La escalera de Ezeiza asciende, y atrás quedan los amigos medio muertos de pasado y de tristeza.

Tratando de aligerar los pasos y de aminorar la marcha de nuestro cansado corazón de Buenos Aires, estamos ansiosos por llegar a donde ni nosotros mismos sabemos. Luego viene el reencuentro con quienes tantas líneas esparcieron en la noche silenciosa de los años.

Con ojos maravillados de turista recién llegada queremos fotografiar en el alma todas las nuevas esquinas, los cafés y barrios bajos. París se nos abre al cielo de los ojos y los pasos.

Balbuceando nuevos encuentros, una lengua torpe se incorpora para transformarse en nuestro bastón de ciegos.

Siempre hay alguien que nos pone a cuenta, de lo que se puede, de lo que se debe... La duda pasa a ser la compañera entrañable de nuestra existencia, y la radio, un murmullo inteligible de madrugadas inciertas.

Y finalmente cambiamos colores, de idiomas y de maletas; pero son los mismos pibes los que llevan las madres a la escuela, y la risa la misma risa, y las abuelas,

las abuelas; aunque el colectivo se equivoque de nombre o se haga llamar *parc* aquella plazoleta.

Y así estamos, con la servilleta al cuello saboreando este nuevo plato de sopa vieja. Aparecen los primeros amigos, el primer trabajo, las primeras fiestas... Como los abuelos, que dejando todo silbaron ilusiones una mañana cualquiera...

A quienes hoy acompañan la noche con su tic-tac burbujeante de esperanzas eternas, a los que sientan que perdieron todo o tal vez, todo lo tengan, a los que emigran, a los que parten, y a los que llegan... con ellos quiero compartir mi pequeño secreto: no piensen que los paisajes pueden cambiarnos los ojos, pero sí sepan que los ojos son inútiles sin viajes, y los viajes, son inútiles sin vuelta.

Paris, 8 de junio de 1991.

Un mes más tarde recibo por correo el programa radial en una casete de audio. Descubro así que mis amigos leyeron al aire el texto que les envié e inmediatamente decenas de compatriotas llamaron a la radio para darme ánimo y dejar un mensajito afectuoso.

Escucho la casete con la luz apagada y llorando de lejanía en un mono ambiente del popular barrio de *Saint Ouen*, en el arrabal norte de París.

Como un faro sin mar, por la ventana, un cartel publicitario intermitente ilumina la pieza: “Conforama, el país donde la vida es menos cara.”

EL CURSO DE FRANCÉS

En el derrotero de la vida, los enemigos suelen encontrarse. Luego de un pasaje por la Alianza Francesa compartí en París un curso de “Francés Lengua Extranjera” para recién llegados, con un albanés que había escapado del comunismo del este y un chileno que había escapado del fascismo del oeste, justamente por comunista.

En el curso había también una joven turca que defendía la mutilación femenina para sus niñas (la escisión del clítoris) porque a ella también se la habían hecho -decía-, una señora serbia de la ex Yugoslavia -en guerra por esos años- que decía que los croatas eran de la *merde*, una abuela china que no podía pronunciar en francés la palabra viaje (*voyage*), y un señor polígamo de origen africano que se jactaba de sus cuatro bellas esposas. Y después estaba yo, casi recién llegada de mi Buenos Aires querido.

Habría que agregar que estos cursos de idioma eran gratuitos e indispensables para empezar a tratar de entender algo en aquella maraña de incompreensión mutua con la que empieza #LaVidaEnOtraParte. Lo cierto es que el Chileno y el Albanés parecían odiarse sigilosamente, lo que en aquellas instancias no dejaba de tener algo de absurdo.

Ambos habían dejado el país después de un derrumbe, el de sus respectivos sueños. Ambos habían vencido el miedo al vacío para dar el salto y estaban allí intentando algo que no sabían bien qué era, pero les ayudaba a continuar. Entonces ¿por qué se odiaban tanto? Quizás porque el uno encarnaba en el otro la propia derrota.

Yo trataba de entender: hacer y defender una revolución en un rincón del mundo, para que en otro la gente emigre de la gran revolución en busca de un auto nuevo

o de un jean “Lewis” puede resultar para el que sacrificó vida, familia y amigos algo bien triste.

Lograr cruzar una frontera para llegar al soñado capitalismo del consumo y encontrarse en un curso con un comunista convencido, debe de haber hecho sentir al ávido de marcas y “Monopoly” un poco idiota. Sigo prefiriendo la tristeza a la idiotez. Pero así iba la vida de aquellos años noventa. Todo se había corrido un poquito de lugar y el destino parecía ensañarse en sacudirnos el balero.

Diametrales posicionamientos han hecho que me interrogue más de una vez. ¿Será que en el fondo los seres humanos somos un punto entre dos coordenadas - una de espacio y otra de tiempo- que nos define y carga de información? ¿Será que cada cultura tiene su propia constelación de ideas?

Mi querida amiga Flavia me preguntó, a mi vuelta a Buenos Aires, si después de tantos años de vivir afuera yo había cambiado. Pensé en aquella que se fue en 1990 y en la que volvió en 2010, y debí rendirme a la evidencia: sí, había cambiado, y se lo dije. En sus ojos leí entonces la desilusión. Es que subsiste en el fondo la idea de que quien se va del país, traiciona, cuando en realidad nadie sabe quién es realmente antes de cruzarse con Otros.

En el derrotero de la vida, los enemigos suelen encontrarse, les decía, y una sorprendente lección se vuelve victoria compartida: la providencia suele no reservar destinos diferentes a quienes se odian.

-¿E perché? - preguntaba el abuelo italiano. Per codere.

ANUNCIOS

Mírenme, soy yo llegando a Francia: veintisiete años, la figura altiva, la mirada entusiasta, ávida de preguntas, una salud que me sigue en todo lo que emprendo y algo de cansancio sólo al final del día.

Todo me parece sorprendente, y además accesible. Las extranjeras empezamos por saborear todos los placeres de los que la crisis nos había privado en nuestros países. Subo cinco kilos probando todo en las panaderías parisinas.

¿La ropa?... Maravillas que compro por monedas en el mercado de pulgas o en las boutiques de confección, el famoso *pret à porter*, donde hay precio y también talle. Por primera vez no me siento marciana por ser tan alta: fui prevista en la producción, ya no estoy afuera de todos los percheros, de alguna manera existo con el cuerpo que tengo.

Existo pero no sé hablar y mi forma de pensar aquí no le interesa a nadie. Esa es la soledad de quien llega a cualquier parte. Un mundo por construir y por construirse, afuera y adentro de la propia cabeza.

Necesito dinero para mis gastos, que, por otra parte, no son muchos. Pero tengo a mi hija de cinco años conmigo. En los cafés hay pequeños diarios de distribución gratuita en los que veo un anuncio:

“Cherche Femme de ménage, 5 rue de Verneuil, 7ème arrondissement, Monsieur Muki” y un número de teléfono para llamar: (Se busca Señora para la limpieza, calle de Verneuil n°5, arrendamiento 7)

Mi sobrina Greta me dice sonriendo que es justo frente a la casa de Serge Gainsbourg, el cantautor francés de “La Javanaise”. Juntas habíamos, -mirado yo, leído y traducido ella- el inmenso dossier que el diario “Liberación” le

consagrara al otro día de su muerte. Un *gentleman* de la canción francesa a quien el alcohol fue transformando en *dandy trash* de una pop siempre reactualizada, luego de atravesar victorioso todas las décadas del género. Su frase más recordada: “Lo bueno de la fealdad es que dura”. Porque Gainsbourg era todo menos un muchacho de rostro armonioso.

Llegando al lugar del anuncio, veo que sus fans han llenado de grafitos el muro de la histórica morada del feo más bello del mundo.

Entre lo lindo y lo feo pasarán mis próximas horas, pero eso aún, yo no lo sé. Como quien viene por el aviso de Clarín, toco el timbre en el 5. El Señor “Muki” abre la puerta y me mira incrédulo.

-Demasiado vestida para señora de la limpieza- me digo, y le muestro la bolsita de nylon que llevo con mi atuendo de trabajo.

Me hace entrar entonces a un departamento antiguo y elegante en el que todo parece haber sido abandonado durante meses: mugre, vasos sucios y botellas vacías del tiempo que se pida. Papeles, basura, grasa, y como tronando en medio de todo ese tendal de alma ausente, un maniquí sin cabeza. Un maniquí como el que tenía mi madre en Temperley para su costura. Al costado una máquina de coser, prendas a medio hilvanar o pinchadas con alfileres, un canasto costurero, imanes, hilos y un par de tijeras.

Muki es un señor alto y flaco como los mayordomos de Hollywood, a quien es difícil calcularle la edad, quizás cuarenta, quizás cincuenta. Su manera de hablar delata una cuidada educación. Parece haber despertado de un largo sueño (o pesadilla) y disponerse hoy a ordenar aquel infierno visible de su vida, con ayuda de alguien. En recién estrenada profesional de la limpieza, no detengo demasiado la mirada en ningún rincón y disimulando mi aprehensión, empiezo a lavar, a frotar, a tirar, y a tratar de ordenar aquel desquicio.

Siento en mi espalda que el mister Muki me observa, y no me gusta para nada la forma.

Al cabo de tres horas de limpieza profunda el dueño de casa mira todo con un aire entre sorprendido y satisfecho. Me pregunta entonces qué estoy haciendo en Francia y porqué me dedico a este trabajo.

En mi naciente francés le digo que estoy aprendiendo el idioma y esperando una respuesta para hacer una pasantía en el servicio “América Latina de Radio Francia Internacional”, donde me gustaría algún día trabajar. En ese entonces lo codirigía el periodista español Ramón Chao, papá de Manu, el cantante de Mano Negra.

Entonces el “Señor Muki” me dice que él se dedica a la alta costura y que necesitaría una modelo para ir probando lo que él vaya creando. Que como hay que pasar varias horas inmovilizada la persona debe ser muy paciente, absolutamente disponible y sin ninguna atadura sentimental, ya que viajaría mucho. Rarito.

Acto seguido me pregunta si tengo novio o marido, y si me interesaría cambiar de vida, ganando mucho más que una mucama por un trabajo además más valorizante.

Admito que por cinco segundos mi cabeza estuvo tentada, aquello parecía un sueño de novela mexicana, pero lo parecía tanto que mis casi treinta años tuvieron una rápida visión: detrás de este hombre hay algo extraño.

Muki, con el centímetro colgado del cuello, adivina mis sospechas e insiste en las ventajas del cambio. Me dice que limpiar no es para mí, que puedo y merezco algo mejor. Que si tengo ambición debería aprovechar la oportunidad que él me está brindando. Cuando ve que no me convencerá clausura la conversación pagándome los ciento cincuenta francos de la limpieza:

-Bueno, si prefiere seguir así...

-*Merci*, y me dirijo a la salida.

Ya en la calle, un sol radiante me devuelve a las frases de canciones de Serge Gainsbourg, escritas por sus fans sobre la fachada de su casa: "*Vilaines filles et mauvais garçons*" (Traviesas chicas y malos muchachos), "*Je t'aime, moi non plus*" (Te quiero, yo tampoco).

Todo aquello se me antoja hoy una enorme premonición. Desde mis trece años no había vuelto a cantar, pero la canción brotaba hasta de las paredes que recorría como una señal de reencuentro.

Estábamos en 1992 y aún no se hablaba ni en las calles, ni en los medios de comunicación, y mucho menos en las casas, de Trata de personas con fines de explotación sexual o laboral. Ya de vuelta a la Argentina, y gracias a Susana Trimarco y a muchas mujeres que la denuncian y visibilizan, supe que quizás ese día pasé al lado de un entregador de mujeres a una red de prostitución.

Necesidades, soledad, extranjería, búsqueda de empleo, hijos a cargo, anuncios, mentiras, sorpresas, y servidumbre. Del otro lado: hombres en versión macho, ávidos de un poder que los envilece sobre cuerpos de esas mujeres que para sobrevivir ya no sienten. Todo lo demás es negocio e hipocresía. Por eso soy abolicionista.

EL B.N.A.

Cuando todas las puertas se cierran no queda más que buscar una ventana. Quedaba una esperanza y la idea fue de mi hermana:

-Si todavía no hablás bien francés ¿por qué no enviás tu C.V a empresas bilingües argentinas o españolas: busca lugares en los que tu idioma materno pueda ser una ventaja.

Creo que escribí cincuenta cartas a todas las empresas que me parecieron potencialmente “interesables”, hojeando la -hoy casi desaparecida- “Guía de Páginas Amarillas” en papel.

Entretanto supe que como madre con una hija a cargo y con un pasaporte italiano (había tramitado la doble ciudadanía) tenía derecho a una especie de contrato de empleo social prioritario llamado C.E.S (Contrato Empleo Solidaridad); un trabajo a tiempo parcial con acceso a la seguridad social única que administra el Estado francés y financian con sus aportes trabajadores y patronales.

Mi primer contrato en Francia fue entonces de empleada administrativa en la cátedra de Química de la Universidad de Ciencias y Medicina, conocida con el nombre de “Jussieu”, en el barrio 5 de Paris.

Eran los tiempos en los que el Macintosh de Apple se lanzaba y hacía furor y yo lo desconocía completamente, lo que me obligó a iniciarme durante todo un fin de semana con alguien en la cuestión. Tenía que habituarme al sistema de las ventanitas múltiples.

Por ese entonces no sabía que mi cabeza estaba formateada igual que un Macintosh: podía abrir infinidad de ventanas al mismo tiempo, y cada ventanita podía llevarme a lugares tan distintos... Sólo que a mí, algunas, no se me cierran

nunca, como este libro -por ejemplo- que no termino nunca de corregir. Pero volvamos a mi primer trabajo formal en Francia, que consistía en atender el teléfono y hacer pedidos (en francés, obviamente) de productos químicos con nombres inimaginables e impronunciables, que me eran escritos con una letra de médico por la titular de cátedra. Nunca transpiré tanto para descifrar una palabra, porque la duda había pasado a ser la compañera de todas mis horas, y nada cansa más que dudar de todo, cuando de defender el salario propio se trata en un mundo organizado y completamente desconocido.

Por suerte a los pocos días, respondiendo a una de mis cartas, me llamaron del Banco de la Nación Argentina, que tenía una sucursal París, para un reemplazo administrativo. La señora del teléfono tenía una voz cálida y muy radiofónica y hablaba en argentino, que en realidad era en porteño. Concertamos cita.

El día del encuentro me levanté a las cinco de la mañana para preparar la entrevista. Con los reflejos aún frescos de la búsqueda de trabajo en mi país, comencé por leer en voz alta los requisitos de anuncios de puestos administrativos en diarios y me hice una lista (en francés, claro está) de las capacidades más demandadas. A esas les agregué aquellas que me parecían útiles desde mi experiencia bancaria en Buenos Aires. Aprendería más tarde que lo que en un país es atributo en otro puede ser impedimento, y viceversa. Hoy sabemos que hay cosas en el mundo del trabajo latinoamericano que cambiaron, la globalización presente terminó por licuarlo todo al gusto empresario multinacional y las empresas que toman gente en nuestro continente suelen pensar como las de allá.

Toda la manera argentina de venderse tenía a los ojos franceses un colorcito a autobombo que por ahí no servía de nada, pero tratándose de un banco argentino por ahí funcionaba.... Me vestí de empleada eficiente a la francesa, es decir con una chaqueta verde aceituna, minifalda, pelo carré, polera blanca, y me presenté.

-Buenos días, me dice la versión femenina de Oscar Casco (este comentario no me rejuvenece). Era una de las jefas, y ya en su despacho inicia el *entretien d'embauche*:

-¿Cómo está Usted señora Pedrolo?

Los ojos se me fueron intuitivamente hacia la única ventana abierta de la oficina, y sin pensar demasiado me sale algo sincero:

-Bien, con el corazón mirando al sur y todas las energías puestas en París.

Gabriela -que así se llamaba- dejó de ordenar sus papeles, bajó con el dedo índice sus anteojos hasta la punta de la nariz y me clavó una mirada interpelativa.

Sentí que había tocado algo. ¿Algo bueno o algo malo? ¡Cómo saberlo! Mi mente se disolvió en dos pensamientos: me había mandado la cagada del siglo (otra vez mezclando la poesía con el Debe y el Haber) o aquello le había gustado a la señora del banco y el empleo era mío.

Gabriela parecía una mujer inteligente. Resultó que también era una artista sensible trabajando en un banco (lo suyo sería la escultura, aunque ella no lo supiera aún) y creo que gracias a esa veta fue que entré y terminamos siendo muy amigas. Era re porteña y le gustaba mucho reírse.

A medida que avanzaba la crisis económica el banco había empezado a echar gente y a prescindir de servicios. El primero fue el de jardinería de macetas (que se reemplazó por una compra de plantas de plástico) y luego del recepcionista de la empresa de seguridad, lugar en el que me sentaron a mí todas las mañanas para abrir con un botón la puerta a los pocos clientes que venían. Por la tarde me ocupaba de la facturación de todo lo que la sucursal compraba. Entre remitos y facturas, alguna vez me sorprendía un repentino poema que escribía en el reverso de un formulario de fax, hasta que mi jefa llegaba y me decía:

-Adriana, cuando termine con eso que tiene bajo los ojos siga con el trabajo que le encomendé.

Así pasaban mis días, hasta que fue lo de la inundación en los toilettes de la planta baja.

Estaba sentada en la recepción del banco cuando empezó a correr lentamente una agüita de color dudoso por el elegante piso de mármol negro del edificio. Se llamó enseguida al plomero, pero el plomero no llegaba. El problema es que el agua no venía sola y un olor nauseabundo se apoderó de la entrada y de las cajas, que ya habían abierto al público.

En una de esas, sale del ascensor la secretaria del Director General, doña Magda Coucousclan, alias “Sargento Botapesada”. Era una señora de familia de príncipes rumanos que habían perdido tierras, poder y fortuna escapando “de la horrrrrca comunista” -como ella decía- y se había exiliado en Francia. Magda vivía desde entonces en París y estaba pronta a jubilarse. De una educación sumamente estricta e irreprochable, la aristócrata rumana caminaba erguida como si se hubiese tragado un palo de escoba. Con la frente en alto pasó delante mío y sin mirarme -como era su acostumbre- husmeó discretamente hacia un lado y hacia el otro, para comentar en voz alta...

-Huele feo ¿no?

¿Huele feo? -dije yo- aquello era un eufemismo. Fragmentos de excrementos empezaban a flotar sobre las baldosas enceradas, a modo de paisaje insular que lo iba cubriendo todo. Le señalo uno particularmente vivaz, que venía abriéndose paso como camalote en la creciente, pero ella... impasible.

-Magda- le dije divertida haciendo uso de mi entonación bien argentina -¿¿No será una metáfora??-. Era la hora del almuerzo, y sin mover facción alguna la dama de hierro encaró hacia la calle. El enorme portón de madera verde se cerró

tras ella y cuando ya estaba en la vereda, por la ventana que daba al frente, vi que en la cara le estallaba una sonrisa.

No hay que perder nunca las esperanzas, pensé.

HALLAZGOS Y TRADUCCIONES

¿Qué pasa si ponemos un gato en una jaula de monos? ¿Y si pusiésemos un mono en una jaula de gatos? Así me sentía yo llegando a Francia, en medio de tanta gente que hablaba -¿qué digo? susurraba y vivía en una lengua y un pensar que me resultaban completamente ajenos.

Al principio sólo escuchaba entonaciones imposibles.

-Nunca voy a poder hablar así- me decía en silencio. Pero no tuve opción, para sobrevivir primero, y para disfrutarlo después había que aprender el francés.

El trabajo urgente que necesitaba encontrar exigía poder atender el teléfono, escribir sin faltas correspondencia administrativa, sumar, restar, multiplicar, dividir, saludar y agradecer; todo en francés. De otro modo seguiría cuidando el bebé de los odontólogos del Boulevard Raspail, sin poder hablar con nadie, y mirando los días nublados por una aburrida y elegante ventana del barrio siete.

Un día, una amiga peruana que trabajaba de secretaria en un organismo internacional, me pasó un libro:

-Es lo mejor que hay para aprender el pretérito imperfecto” - me dijo.

L'imparfait era la segunda lección de verbos de la escuela de francés a la que acudía como residente extranjera en busca de empleo. Acepté el consejo.

El libro no era ni más ni menos que “El extranjero” de Albert Camus. Como al mundo, la historia me atrapó desde su primera frase. Diccionario de bolsillo en mano, fue el primer libro en francés que leí. Me llevó mucho tiempo terminarlo pero lo leí con placer. ¿Enseñanzas? Por lo menos dos. 1) Esto de aprender otro

idioma podía ser algo más que una obligación penosa. 2) Una recompensa me esperaba sin duda al final del túnel.

Pero con Camus, aprendí más que una forma de decir, aprendí sobre todo el sentido de la palabra clemencia, que guardaría como un tesoro para toda la vida.

Después de haber pasado tanto tiempo corriendo tras una definición del tiempo, mi nueva vida en otra cultura salía a cazar ahora a dos clases de bichos: lo típicamente francés, y lo seguramente universal. ¿Siguiendo aquella lógica, en el intersticio de ambos se dibujaría lentamente lo propiamente argentino? Qué inocente que era.

Y en medio de tantos esfuerzos un día se produjo el milagro: pude comprender ya sin diccionario palabras oídas al pasar. Fue una canción de Edith Piaf y la emoción me invadió entera: *Mon Dieu!*. La emoción es la savia de mi creatividad. Pero ya volveremos a ese tema.

Después vendrían cantautores y poetas como Jacques Prévert, Léo Ferré, Louis Aragon, Georges Brassens y el que más impacta por la concentración de energía que logra en cada una de sus frases, el Belga Jacques Brel. Todos muertos ya, en el escenario de la canción actual las personalidades son como menos fuertes.

Cuánta emoción me producía escucharles... ¿Será que finalmente, monos y gatos pueden -además de convivir- entenderse? Después de todo, si no tuviéramos algo en común no seríamos comparables, ¿no?. Y así pasaban mis días.

Todas las mañanas éramos muchos en París los que sacábamos el pie de la cama para pelearle un lugar a ese mundo. Pero al principio, absolutamente todo lo que descubríamos, lo remitíamos a nuestro lugar de origen: al barrio, a la familia, a los amigos y al país. La comparación era automática e inevitable. Así fue que nunca aprendí tanto de mi propia cultura y lengua argentina como cuando abordé aquella otra cultura y lengua extranjera. Porque muchas cosas se volvieron para

mí reveladoras, visibles y nombrables por primera vez, y eran cosas de mi primer mundo, mi querido mundo, el que me vio nacer y me dio los primeros rudimentos de la vida. Cuando estamos inmersos en él lo vivimos pero no lo vemos.

Ese primer placer lo experimenté con el libro “El Tango” de Horacio Salas o con la versión francesa de “Don Segundo Sombra”. El primero historiaba y tentaba definiciones alrededor del tango, del gaucho, del compadrito, todos personajes familiares pero cuyo origen emparentado desconocía. El segundo libro explicaba todo el vocabulario de la vida y el trabajo en el campo argentino, con explicaciones de cada faena para bichos de ciudad y no iniciados.

Y así fue que desdoblándome en esa Otra para poder vivir inmersa en aquella vida, se me despertó la pasión por encontrar algo en común -como una pandemia- que fuera de Todes. En algo nos parecemos, decía Don Atahualpa.

Y un día -ya en Tahití- escuché por primera vez en la casetera de un auto la canción “Ne me quitte pas” de Jacques Brel. Me conmocionó tanto que pensar que mis amigos de Buenos Aires se la estaban perdiendo me pareció una picardía. Tenía que traducírsela. Y ahí me topé con dificultades nuevas.

Las malas lenguas dicen que no hay comunicación posible sin mal entendido. Mi primer mal entendido fue creer que para traducir bastaba con un diccionario. Nada más inútil que un diccionario, porque nada en la primera versión literal de mi traducción encajaba con el texto original: el sentido expresivo, los acentos, los ritmos, y ni hablar de la rima. Con el tiempo descubriría que si una lengua es lo que se dice, una cultura se construye básicamente sobre lo que no se dice, pero que todos comparten como algo natural. Y el problema del migrante empieza cuando tiene que adivinar o traducir(se) esos implícitos. Diría que hay que salir a robarlos, porque todo el mundo los escatima y nadie te facilita nada.

La canción de Brel, sin embargo, lo contaba todo. Estaba llena de imágenes fuertes. Pero esas imágenes del idioma de partida (el francés) no querían decir nada textualmente en el idioma de llegada (mi materno castellano).

Ni siquiera me servía traducir literalmente la frase que le da el título a la canción: *ne me quitte pas*, “no me dejes” y decirla cuatro veces al final de cada estrofa, como hace Brel. Es decir, lo podía hacer, muchos lo hicieron, pero en mi lengua aquello me sonaba bobo. Tendría que buscar equivalentes menos literales pero tan o más literarios.

En su versión original la canción exhalaba un perfume. Escuchándola busqué como cegada, un papel en blanco para tratar de revivir aquel perfume con palabras propias.

La inspiración es básicamente eso, un deseo, un anhelo de sacar, de encontrar, de parir. Desde ese estado de aturdimiento certero, me puse a transformar unas imágenes poéticas en otras, también poéticas, que mi cultura pudiera hacer propias, tratando de respetar la musicalidad, la versificación, los acentos y las rimas.

Parece difícil, pero en el caos de todas las posibilidades estas dificultades normativas también daban contención y forma a mi trabajo. De los infinitos caminos posibles, habría alguno que me convendría más. Y por allí tomé. Hecha la adaptación al castellano de “Ne me quitte pas”, sólo debía hacerla viajar de vuelta hasta la cabeza de un argentino bien enraizado. El conejito de indias fue Tomás, mi entrañable amigo de toda la vida que vino a visitarnos. La escuchó y le encantó. Respiré. La llamé “Súplica para tu vuelta”. Como les hijes, las canciones tienen alas que sus raíces desconocen.

IV

HULA HULA

COMER Y CANTAR

Cuando mi madre me pedía que pelara nueces para su receta de pan dulce, quería que cantara para asegurarse, desde la habitación contigua, que no me las estaba comiendo. Muy eficaz. Traten de cantar con la boca llena, es realmente imposible.

Muy lejos de aquella infancia argentina, retomé con fuerza el canto a los treinta años y fue en Tahití, después de un larguísimo silencio, por entonces inexplicable.

Me encontré un día viviendo en esta isla del océano Pacífico sur, con mi hija de siete años y quien sería más tarde el papá de mi segundo hijo. La Polinesia se auto definía como francesa y paradójicamente autónoma, por poder elegir un presidente propio del territorio que al mismo tiempo la representaba en l'*Assemblée Nationale* (el parlamento francés). La verdad es que todo esto me producía bastante vergüenza. Sabía que tarde o temprano ese país, como lo había hecho el mío, declarararía su independencia. Sabía también que había llegado allí de la mano de un docente colonial moderno. Pero era yo la única que tenía esos secretos remordimientos. Mis nuevos amigos y amigas, franceses y tahitianas no querían darme razón cuando yo se los confiaba y una de ellas llegó a decirme: "*t'es ridicule*", sos ridícula...

Yo venía de dos años de activa inserción laboral en Francia, con un manejo del francés de base que empezaba a despuntar y un trabajo administrativo bilingüe al que decidí renunciar para partir hacia esta nueva aventura.

El primer contacto con Tahití fue visual a través de las postales. Maravilloso lugar. Llegando, experimentaría sin embargo el mismo gran vacío de cualquier destierro, la falta de amigues. Para peor el barco que traía los pocos bártulos que teníamos tardó tres meses en llegar, así que la pasamos con lo puesto y dos

valijas todo ese primer tiempo. El calor era agobiante, los mosquitos una tortura, y las personas que llegaban a saludarnos me parecían demasiado formales.

Alquilamos una de las últimas casitas que quedaban disponibles en Papeete antes del inicio de las clases en septiembre. Yo no sabía conducir todavía y el transporte público lo aseguraban los *truk*, un camioncito con carrocería de madera que tomé con la gente del lugar durante 6 años para trasladarme a todas partes. El permiso de manejar lo obtuve al cuarto intento, justo antes de abandonar definitivamente la Polinesia, y me fue de gran utilidad ya en París, donde me largué a conducir.

Pero volvamos al Tahití de aquellos días. Alguien me habló de un Conservatorio Artístico Territorial de Músicas y Danzas, a pocas cuadras de la casa que alquilamos. En él se enseñaban tanto las Artes Tradicionales Polinésicas como las clásicas occidentales.

Un 7 de septiembre de 1993 ese conservatorio cambió mi vida para siempre: me anoté en el curso de canto lírico de Madame Audit, una profesora redondita y pispireta con voz de soprano y un par de anteojos redondos en la punta de la nariz, desde los que escrutaba a sus alumnos de arriba a abajo. Junto a ella, sentado al piano, estaba Wesley, pianista afroamericano pequeñito y muy simpático, que acompañaba a los alumnos de la clase de canto.

Wesley casi no hablaba francés, y residía en la isla junto a su esposa tahitiana y una niña con discapacidad que habían adoptado y a la que cuidaba su mujer.

Marianne Audit llegaba todos los mediodías al curso de canto con dos sándwich en la mano, uno para ella y otro para Wesley, que le agradecía de un gesto cortés y lo comía en silencio. Todo transcurría tranquilamente hasta un día en el que Madame supo por alguien (sepan que en una isla todo termina por saberse) que Wesley se había ganado la Lotería el año anterior, "*le loto*" como le dicen allá, y que se había vuelto, lisa y llanamente, millonario.

Aquello la exasperó mucho. Ella, que creía estar ayudando a un pobre “señor de color”, se sintió estafada: a Wesley en cambio, lo había divertido mucho y a mí también. Como verán muchas son las maneras de burlar la caridad.

Cuando Madame Audit no se ocupó más del sándwich de Wesley, trató de seguirla conmigo:

-¿Y esto, Adriana?- dijo, señalando un plato de camarones con mayonesa que reinaba en su fiesta de despedida -¿Se conoce en Argentina?

En un libro de un inglés llamado Théodore Zeldín, leí algo así como que “los franceses estaban convencidos de haber inventado la Cultura”. Madame Audit se entretenía tomando examen de lo que ella creía que era la civilización a cuanto extranjero pasase por su curso. ¿Acaso en la fachada de la Alianza Francesa del Boulevard Raspail no se leía Escuela de Lengua y civilización francesa? La costumbre es vieja y aquí también la practicamos los blancos de Buenos Aires respecto de la gente de las provincias o de los extranjeros de países hermanos. La discriminación parte siempre de una premisa colonial y egocéntrica de concebir el mundo.

Hecha esta salvedad, con Madame Audit aprendí muchísima técnica vocal. Como en la infancia, aquel conservatorio me reunió de nuevo con la felicidad de cantar, con placer y con confianza; además de permitirme hacer nuevas amistades, que con la Asociación Hispano Latinoamericana de Polinesia, completaría.

Madame Audit se jubiló y le pasó el puesto a Véronique, flamante medalla de oro del mismo curso. Católica consecuente, la nueva profe era madre de cinco niños y esposa de un juez francés con cargo en la isla. La Polinesia es autónoma pero la Justicia y las FFAA seguían siendo designadas en Francia, a la que llamaban *La Métropole*.

Menos ocupada en los mariscos que su antecesora, Véronique siguió enseñándome técnica vocal, y la verdad que para mí era algo apasionante. A pesar de ver mi motivación la nueva profesora no podía dejar de remarcar me que yo llegaba al canto lírico con todos los vicios de la variedad, es decir del canto popular, que era justamente, lo que a mí más me interesaba hacer una vez que terminase el conservatorio.

Con el tiempo aprendería que ese desprecio por todo lo popular era corriente en muchos maestros de conservatorio, como si esas músicas fuesen en Francia un subgénero. ¿Se olvidan acaso, que la música occidental europea que tanto enaltecen, antes de clásica fue folclórica?

El curso de canto empezaba siempre con ejercicios de precalentamiento vocal. Una mañana mientras vocalizábamos la profesora me interrumpe con un gesto de desagrado.

-¡Stop! Pero qué feo salió eso. Caca caca. A propósito Adriana... ¿Cómo es que se llama esa música que canta?

Sorprendida tardo en responder y termino diciendo bajito: Du Tango.

-Aaaaaaaaah... Silencio reflexivo. Y con un aire de perdonarme la vida, agrega:

-Bueno, no es nada. Continúe.

Y yo retomaba el ejercicio con rabia, sintiendo las lágrimas amargas que goteaban en el fondo de mi garganta. Tenía que evitar a toda costa los glisandos característicos del tango, que siempre me traicionaban, o suavizando las consonantes, o “Cerrando un poco más la bocota, Adriana.”

El canto lírico no era aquello a lo que iba a dedicarme, pero me gustaba tanto que en autodidacta me leí todo lo que encontré de pedagogía, técnica, registros y colores de voces. Me compraba los libros en Francia y los resumía en cuadernos que aún conservo.

Creo que los maestros del canto y de cualquier arte tienen en sus manos una buena parte de nuestra confianza de alumnos. Cantar produce una vibración interior que durante los primeros años de aprendizaje nos fascina de una manera algo narcisista. Sólo después de algunos años de vibrar la voz en soliloquio, reparamos en que esa vibración es compartida y esto es, finalmente, lo más interesante de la música y del arte en general, el ida y vuelta.

Nunca olvidaré a tres alumnas afrodescendientes cantando góspel en la fiesta de fin de año de mi propio curso de canto, años más tarde, que liquidificaron al auditorio, elevándose tan noblemente de esta pobre humanidad que les había mostrado el peor de sus rostros y miserias.

Respecto al trabajo de docente, hay que poder confiar en su profesor o profesora, y todavía más: mejor que un profe es un maestro, porque no hay trabajo vocal ni artístico sin entrega, y para entregar tanta materia sensible no hay que sentir amenaza alguna de parte de esa presencia “puedelotodo” del que imparte su clase. En este sentido concentran mucho poder, y como todo poder, en demasía puede llegar a ser destructivo.

A veces también como alumna, tuve que tomar con pinzas lo que les escuchaba decir. Yo traté de hacer de tripas corazón y sacarle a cada una de mis maestras lo que más pude, porque aprender a cantar era apasionante y lo que sabían era más importante para mí que aquello que desconocieran. Por ese entonces creía que estudiándolo iba a llegar a la quintaesencia del canto. Por suerte nunca la encontré, y quizás por eso es que siga cantando.

Mi tercera profe del conservatorio polinésico fue tahitiana, se llamaba Emmanuelle Vidal y era también soprano como las anteriores. Emmanuelle era una mujer robusta y fuerte, y recibía a sus alumnos entre botellas grandes de Coca-Cola y bolsas de pistachos de un kilo que comía casi sin darse cuenta mientras nos escuchaba.

Aquel año retomé mi curso un mes después de tener a Loic, y con mi bebé que se despertaba cada tres horas todas las noches, parecía cansada. Emmanuelle lo remarcó y me dijo:

-Tenés que comerte dos bananas y un bife de trescientos gramos antes de venir a cada clase. Vas a ver lo bien que te vas a sentir y lo fácil que te va a resultar el curso.

Una vez más, comer y cantar.

ENTEROS, CUARTOS Y MITADES

Era mi primera navidad en Polinesia, y estábamos invitados a pasarla en casa de una nueva amiga originaria de las Islas Marquesas. Nina vivía en Tahití con su pareja francesa, y había preparado una hermosa mesa de fiesta decorada con flores de su jardín.

Las islas Marquesas en francés, “Îles Marquises” son el más grande de los cinco archipiélagos de Polinesia y deben su nombre a un español que las colonizó y bautizó así en 1595, en honor a un virrey del Perú.

Ubicadas a unos 1.800 kilómetros al noreste de Tahití, se cree que sus habitantes fueron los mismos que poblaron la -hoy chilena- isla de Pascua.

En estas tierras volcánicas se quedaron para siempre dos grandes y emblemáticos artistas: el pintor Paul Gauguin y el cantautor belga Jacques Brel.

Llegamos entonces aquel 24 de diciembre de 1993 a la sencilla casa de Nina en Tahití. Estábamos ya en la mesa cuando reparé en una presencia: un muchacho con la cara llena de cicatrices evitaba mirar de frente la cámara cada vez que Nina fotografiaba al grupo. Este hombre le preguntó intrigado a mi amiga si yo era francesa. Ella le dijo que no, que yo era argentina. Se mostró asombrado y traté de explicarle que no había un sólo un tipo de físico argentino. Entonces con gesto de haber entendido todo le dijo a Nina: -Ah ok, es una “*demie*”.

“*Demie*” quería decir mestizo. Ya había escuchado esa palabra, literalmente traducible como mitad. Fue muy reveladora, porque ser de Argentina era en mi familia ser un poco italiano, español, yugoslavo y criollo. Y aunque se tratara en mi caso de cuatro cuartos, la expresión “*demie*” era la que mejor visibilizaba hasta ese momento aquella mixtura. La palabra me trajo tranquilidad y me

reconcilió con cada uno de mis cuartos. Yo era un poco de todo eso que por primera vez tenía un nombre.

En cuanto a la Polinesia, sabía que había por lo menos tres grupos étnicos: un ochenta y tres por ciento de nativos, un cinco por ciento de asiáticos (de China) y un doce por ciento de “*poopas*” (franceses blancos). “*Poopa*” quiere decir en tahitiano “anaranjado como el cangrejo” en alusión al color que tomaban los europeos cuando se exponían al sol. Los “*poopas*” estaban desde la colonización de este territorio, que alberga a unas doscientas cincuenta mil almas, ciento treinta mil de las cuales viven en Papeete, ciudad capital.

La palabra “*demi*”, quedó resonando en mi cabeza. Quizás por eso, mi lejana Argentina se me antojaría durante aquellos seis años polinésicos un punto intermedio entre la Francia colonial y la Polinesia colonizada. Un poco más desarrollada económicamente que estas tierras insulares pero menos que Francia. Un poco más cartesianos quizás que los polinesios nosotros, pero mucho menos que los europeos... Salvo en el fútbol y en los femicidios éramos “*demi*” en todo. Un poco menos coloniales que los franceses pero más colonizantes que los tahitianos con nuestra propia población originaria... en fin, si comparaciones caben. Se me ocurrió entonces preguntarle a Nina qué le había pasado a su amigo en la cara. Hizo un gesto negador y evasivo. Decidí insistir:

-¿Pero qué le pasó?

-Nada, es que trabajó en Moruroá.

Moruroá es un atolón (una isla-de coral) donde los militares franceses probaron sus bombas nucleares durante 30 años en el siglo pasado. La Polinesia sigue pagando las consecuencias sanitarias, sociales y ambientales de esas pruebas atómicas que se hacían en el CEP, Centro de Experimentación del Pacífico. Varias asociaciones de damnificados (de segunda y tercera generación) tratan hoy que el Estado francés reconozca su responsabilidad en las secuelas y que se haga justicia.

Nina siguió hablando de su amigo con la cara marcada:

-Es que pintaba barcos y no quiso ponerse la máscara.

Se me heló la sangre. Terminaba el año 1993 y me dije que en eso también nos parecíamos, y sentí mucha pena. Mitad pena y mitad vergüenza.

MALENTENDIDOS

Los pobladores de Tahití descienden de los maohís. El mahoí es un pueblo muy musical. Cantan desde la infancia en las iglesias de la colonización (cristianas o evangélicas) armonizando siempre las diferentes voces. Como si hubieran aprendido a situarse, basta que en una fiesta alguien empiece una canción para que inmediatamente tres voces diferentes se agreguen y armonicen con la primera, dando por resultado un arreglo tan bello como espontáneo.

En cuanto a sus canciones parecen estar emparentadas con el clima y el paisaje. En medio de un verano sempiterno, casi no existen canciones en tonalidades menores, que suelen ser las más melancólicas. Las baladas tahitianas, como las hawaianas, o las Rapa-nui de la Isla de Pascua adoptan casi siempre el modo mayor.

A los polinesios les encanta la música latinoamericana, sobre todo los temas andinos y las canciones románticas. Las primeras notas de un bolero ya arrancan un aplauso unánime de celebración. Suelen decir que el charango es el ancestro del Ukelele, la pequeña guitarra de cuatro cuerdas que la música hawaiana hizo célebre por el mundo entero. El tango, en cambio, no les producía el mismo entusiasmo. Poco conocido, creo que les resultaba lejano y ajeno, por resultar quizás para ellos demasiado urbano u occidental.

El público que consumía tangos en Polinesia era minúsculo y en general europeo, sobre todo los franceses que habían vuelto de la antigua Argelia colonial o de Marruecos y que eran, en su mayoría, descendientes de colonos españoles. Muchos trabajaban como profesores de castellano en colegios y liceos, y entonces comprendían las letras del tango, lo que facilitaba también su interés.

En el imaginario de esos franceses nacidos en la Argelia (a quienes se llamaba “pies negros” en alusión despectiva a los ancestros que pisaban uva para hacer

vino patero) la sensualidad tanguera y el orgullo andaluz eran lo mismo, lo que nos hacía reír mucho a las tres Argentinas que vivíamos en la isla:

-¿Y Usted qué canta? - me preguntaban

-¿Yo? tango.

La respuesta era inmediata: -¡Ooooooleeee!

Con el tiempo descubriría que la percepción que una cultura tiene de otra está bastante tamizada por esa condensación de informaciones y referencias previas que todos tenemos según nuestra experiencia.

Los franceses pies negros después de la independencia de aquellos territorios no volvieron a Francia, porque se habían vuelto adictos al sol, a los colores, al campo, y a una manera de ser más expansiva y directa, en la que se podía vivir menos anónimamente y según reglas menos estrictas.

Y lo que hacía posible que el tango provoque aquel menjunje de Buenos Aires y Andalucía era un símbolo, muy significativo y abarcador que toda esa gente compartía y del cual el tango formaba parte: El Sur.

El sur es para los europeos meridionales una seña de identidad: calor estival, luz solar, generosidad extrovertida y pasión ancestral. Una manera franca y rústica de hablar alto y sin rodeos, la ropa tendida en los balcones de las casas, el anisado y el juego de bochas a las seis de la tarde. Y en ese significante tan poderoso, podían entrar -historia colonial mediando- los Argelinos y los Marroquíes; los Sicilianos y los Andaluces, los Marsellese y los Griegos, y por afinidad asociable también el tango argentino.

La propia Francia, como España o Italia, puede dividirse culturalmente en dos grandes espacios: el norte celta y germánico y el sur provenzal, con su alma grecolatina.

Un día voy a una tienda de ropa y cuando digo en el mostrador que buscaba una prenda negra que me sirviera para cantar unos tangos, la dueña, me trae, contentísima, una bata a lunares llena de volados a la Miguel de Molina, que hacía pensar en Rodolfo Valentino bailando un tango en los años veinte con sombrerito gitano.

En alguno de estos intersticios mentales europeos creció también un tipo específico de tango: el de salón, dentro de los llamados bailes “deportivos” con gestos acrobáticos y maniqueos. El candor de un “chan-chan” y la síncopa del tango, que le dan su canyengue y su yeite característico eran apreciables pero a distancia.

Definitivamente, la comunicación es posible, pero sólo al precio de un buen malentendido.

PATRIMONIO

Durante los seis años que duró mi vida tahitiana, trabajé dando cursos de Español lengua extranjera, remplazando a docentes de castellano en colegios secundarios y armando tres bandas de músicas latinoamericanas.

Si mudarse siempre es un rollo, cambiar de hemisferio es un rollazo. Y sin embargo qué mejor para interiorizarse en nuestra propia cultura que vivir en otra. La comparación es inevitable y así, todo lo que pensábamos “natural” y eterno se revela una convención arbitraria y en algunos casos prescindible. Pasado el período de las comparaciones lo que viene después se resume en dos palabras disfrutar y padecer.

En porteña consecuente, cambiar tanto de país era también cambiar terapeuta. Conocí varios psicólogos, argentinos y franceses sobre todo, y también psicólogas escolares tahitianas.

La psicoanalista de Tahití atendía en los alrededores de Papeete y era francesa. Algunos piensan que no se puede hacer un análisis serio en otra lengua que no sea la materna. Pero cuando no me queda otra...

Aquel día llegué a su consultorio llorando, y llorando toqué timbre. Madame Bidone me recibió cálida y clemente como siempre y me invitó a tomar asiento.

Yo lloraba y lloraba y continuaba llorando. Ella me observaba en silencio y me alcanzaba pañuelitos de papel que sacaba de una caja, hasta que al final habló:

-Pero esto que le ocurre, Adriana, es maravilloso.

Alarma roja en mi cabeza.: -Grrrrrrrrrr. La quiero matar. -¿Pero qué me está diciendo? -¿Para esto le pago? -¡Qué idiota! La miro fijo y ella sin inmutarse agrega:

-Tant qu'il y a de l'émotion, Adriana, il y aura de la vie.

(Siempre que haya emoción, Adriana habrá vida).

Mazazo. Efecto mágico. Paro inmediatamente de llorar. Y como testigo de una revelación luminosa pienso en voz alta:

-¿Emoción?... Pero emoción yo tengo por toneladas. Deme tres notas de música y va a ver... Es más, ahora que lo pienso, emoción es casi lo único que tengo en esta vida.

Entonces Madame Bidone terminó satisfecha:

-Muy bien, por hoy lo dejamos acá. Es tanto, y la espero el jueves próximo.

Pagué sin chistar, le dije un "Gracias" muy agradecido y salí a la luz del día con el pecho henchido de felicidad.

¿Qué había pasado? Mi corazón relucía como las veredas limpias después de una lluvia torrencial. Emoción, dijo. Pasara lo que pasara, era la dueña de toda la emoción del mundo.

EN NOMBRE DEL HIJO

Antoine perdió a su único hijo en circunstancias trágicas. Era un estudiante de dieciocho años, de vacaciones en Tahití, visitando a su papá. El hijo de Antoine bajó del avión que lo traía de Francia, donde vivía con su madre, y feliz, organizó con sus amigos locales una surfeada en la playita de Papará.

Papará es una comuna a unos treinta y cinco kilómetros de la capital, donde hay una playa pequeña apreciada por sus vientos y grandes olas.

El surf es por estos pagos tan popular como el fútbol en Argentina, sólo que en vez de reunirse en potreros, los jóvenes lo hacen en playitas, bahías y rincones donde el mar pega fuerte, las olas son generosas, y una cerveza “Hinano” bien fresca recompensa el final de la partida.

Ese día el tiempo desmejoró mucho y rápidamente, y cuando los adolescentes llegaron al sitio elegido un viejito tahitiano que apenas hablaba francés trató de detenerlos desesperado, con un palo en la mano. El mar estaba desenfrenado y en su vieja memoria aquello era un mal presagio.

Martín, fue el único que subestimó los temores del anciano, quizás porque había esperado todo el año ese momento, o porque desde lo alto de su vigorosa juventud los desafíos viriles eran más tentadores que las lecciones de un pobre viejo.

El chico se internó en las aguas con su tabla de surfear y en menos de tres minutos desapareció. Petrificados bajo una lluvia cada vez más fría, sus compañeros esperaron que su silueta regresase, pero el mar se la había tragado y su cuerpo, ya sin sentido, seguramente ya había atravesado el arrecife coralino, para ser presa de los anfitriones más temidos de aquel océano, no tan Pacífico, los tiburones.

Antoine nos lo comunicó por teléfono y llorando. Su único hijo se había ahogado, y no podía más que esperar un milagro: que Gendarmería le devolviese un cuerpo. Entretanto debía llamar a la mamá del chico a París, que como el universo todo, nadie había preparado para semejante desastre.

Yo estaba embarazada de ocho meses, y confieso que ante el dolor inconsolable del amigo, portar aquella vida rebosante de promesas me parecía ostentoso. Mi turbulento hijito lo debe de haber entendido porque durante las dos horas que acompañamos a Antoine en su vana espera del cuerpo, no se movió más. Como si hubiese querido hacerse chiquitito y participar él también de aquella tristeza.

El cuerpo nunca volvió. Pasó el tiempo y a Antoine se le dio por conversar con los espíritus. Su hermano mayor decía recibir en sueños sendos mensajes del sobrino muerto, que transformaba en cartas que le enviaba desde Francia por fax. Confieso que escuchábamos todo esto con cierto resquemor. ¿El pobre hombre estaría perdiendo la razón?

Pasó el tiempo y un día Antoine nos invitó a pasar un fin de semana en una casa que le habían prestado en Moorea, la pequeña isla jardín más cercana a Tahití, a sólo media hora de ferry. Mi hija Julieta estaba con su familia paterna de vacaciones en casa de sus abuelos mendocinos. Llegamos con nuestro bebé de apenas cuatro meses, siempre con esa incómoda sensación de gozar de un privilegio.

Antoine residía en Tahití después de varios años y trabajaba como consejero pedagógico para escuelas públicas, comunes y especiales. Después de la cena quiso tirarnos cartas de tarot y dirigiéndose a mí me dijo que él estaba seguro de que yo podía comunicar con entidades lo que me sorprendió mucho. “Te agradezco, pero mejor no” fue mi respuesta.

Cuando llegó la hora de irnos a dormir, su esposa nos indicó el bungalow que sería nuestro dormitorio y allí fuimos y nos dormimos. Era una noche cálida y

serena, y desde la playa una brisa suave empezó a mover los pareos que colgaban de aquella rústica ventana, eternamente abierta gracias a un palo.

En medio de la noche vi la gasa colorida de aquellas cortinas flamear, y de pronto me sorprendió un calor en la nuca muy agradable, que hacía temblar todo mi cuello. Entonces apareció la cara de un joven que reconocí de inmediato, me miró a los ojos y reposadamente habló: *“Dis à mon père que je suis bien là où je suis”*, “Decíle a mi padre que yo estoy bien, allí donde estoy”. Y desapareció.

¡Glup! Desperté a Philippe zamarreándolo y le conté todo. Me dijo muchas veces que no era posible, que sólo había soñado, y que no le cuente nada a Antoine y que al otro día nos iríamos después del desayuno. Idiotamente acepté y nunca más se tocó el tema.

Dos años más tarde, ya de vuelta en Francia con mis dos hijos, asistiendo a una capacitación artística conocí a José, un profesor franco-español que se decía “medium”. Le pregunté qué era eso y me respondió que él podía comunicar con seres, con almas, con muertos. -Con entidades- le dije. Entonces me acordé inmediatamente de la historia del hijo de Antoine, y se la conté entera al vidente. Lo primero que me dijo fue:

-Me imagino que transmitiste el mensaje.

-No- le respondí con vergüenza. Mi pareja no quiso porque trabajaban juntos y no quería que esto interfiriera en lo profesional.

Entonces el profe me explicó que las almas de los muertos escogen siempre a personas que no creen en estas cosas, para hacer pasar mensajes a los vivos que resulten creíbles. Y me propuso recontactar a Antoine y cumplir con el recado del hijo. Asentí, y sin embargo algo me seguía reteniendo.

La capacitación artística seguía su curso. Participaba de ella un director de teatro que montaba una obra “interactiva” con improvisación: alguien del público

contaba una historia a los actores y éstos la improvisaban. La obra consistía en quince pequeñas historias por noche. Cada noche era lógicamente diferente a las otras.

Nos invitó al estreno y fuimos en grupo. Cuando llegó mi turno subí al escenario y en una reunión secreta de dos minutos conté a los actores el relato polinésico. En dos minutos más se pusieron de acuerdo, adaptaron el decorado y empezaron a actuar. Era increíble: el pareo flameando desde lo alto de un biombo, el joven que se presentaba en la noche sigilosa y su nocturna frase “*Dis à mon père que je suis bien là où je suis*”

Desde la butaca del teatro y de la vida, mi gran interrogante era el remate que le iban a dar a aquella historia. Entonces, los actores se reunieron en una ronda, se dieron las manos y repitieron al unísono: *Laisse ton coeur parler*, (Deja hablar a tu corazón). La frase resonaba en mi cráneo como si de golpe se hubiera vuelto hueco, y -emocionada- les agradecí en silencio.

Ya en casa, esa noche me levanté de madrugada, busqué la vieja agenda de Tahití y llamé a Antoine, para contarle el mensaje de aquella noche en Moorea.

No se asombró en absoluto de mi relato, diciéndome que su hijo le había mandado mensajes similares por distintas personas que ni siquiera lo habían conocido, y me agradeció de habérselo pasado.

Entonces, tres verrugas pequeñas que había traído de Tahití desaparecieron de mis manos en veinticuatro horas. Saliendo de aquel curso conseguí empleo, obtuve una subvención para realizar el espectáculo musical latino que llamamos “Insensatez” y sobre todo mi sueño nocturno mejoró notablemente.

LIBROS, PLANOS Y HERRAMIENTAS

Hay palabras dotadas de lumbres de misterio.

Desde mis primeras materias introductorias en la universidad que no escuchaba la palabra “Masonería”, apenas mencionada y definida en algún manual de derecho como grupo de presión.

La tan mentada organización masónica era, para los profesores de la materia “Introducción a las Ciencias Sociales”, durante el Proceso de Reorganización Nacional¹ la encarnación misma del Mal. El Judaísmo que consideraban “una raza” iba a la par, y el libro “Mi lucha” de Hitler formaba parte de la bibliografía no obligatoria de la materia. Era el año, 1982 en Argentina, y los jueces Lugones y James Albert Little daban cátedra en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora, que funcionaba aún en la sede del Colegio Nacional Adrogué. Era mi primer y único año en la carrera de Ciencias de la Educación.

La palabra “Masonería” resonó nuevamente pero en francés muchos años después, en los labios de una profesora de Historia franco-tahitiana. Maeva participaba de esta discreta y expandida asociación local y me lo contó casi todo. Intrigada, le hice mil preguntas y le pedí algunos libros con la intención de saber de qué me estaba hablando.

En ellos aprendí que se organizaban en “Obediencias” (y la palabrita ya me produjo un rechazo) y que las había masculinas, femeninas y mixtas. Las logias masónicas nacieron de los constructores de catedrales en la Europa medieval. Las había de derecha, y de izquierda (en su versión socialista socialdemócrata). Y también estaban las que pretendían ser -sin éxito alguno- independientes y que

¹ Auto denominación de la última Dictadura Militar padecida por la Argentina entre 1976-1983.

Maeva llamaba -no sin humor- ambidiestras, muy a tono con el triste pragmatismo de aquella década del 90.

Los libros dividían la historia de la masonería en dos etapas: la “Manual” que fue el oficio propiamente dicho de los talladores de piedra, y la actual, la “Especulativa”. Aparentemente esas logias actuales tenían dos orientaciones: algunas eran más filosóficas y otras más simbólicas. Parece que la monumental tarea de construcción de catedrales llevó a los europeos siglos y que los constructores habían sido organizados según su nivel de conocimientos y de iniciación en los trabajos como “Aprendices”, “Compañeros” y “Maestros”.

Según Maeva, las logias se reunían regularmente, y cultivaban discreción en sus rituales de funcionamiento, lo que las volvía intrigantes y atractivas para los espíritus curiosos como el mío. Los miembros se debían lealtad. Los libros mostraban las herramientas con las que trabajaban los antiguos templarios, su función primera y su significación simbólica. Parece que los templarios encontraban en herramientas como la escuadra, el nivel, la plomada, el fratacho o el compás, simbolismos útiles para el trabajo personal de superación espiritual y humana que predicaban entre las paredes de los templos.

De todos aquellos símbolos del libro de Maeva el que me resultó más interesante fue el que llamaban la piedra bruta. Pulir la piedra quería decir para el espíritu masónico ir transformando y transformándose hacia la perfección, ideal tan inalcanzable como movilizador. Algo así como el horizonte “utopía” de Eduardo Galeano.

Había -según Maeva- logias creyentes y logias ateas. Las primeras, más en la tradición anglosajona, tenían una fórmula para definir a dios, muy divertida: El gran arquitecto del universo.

¿Se imaginan a ese dios con un lápiz en la oreja mirando los planos de este desquicio? Decididamente hay misterios para los que no se encuentran palabras.

1° DE NOVIEMBRE

La culpa, como el agua, invade todos los espacios huecos. Flota y se encarna, a veces en seres que la asumen saludablemente, y otras, en culpas ajenas que son asumidas erróneamente como propias.

Quizás porque somos animales de sentido, los sobrevivientes de la muerte sin sentido experimentan seguido enormes remordimientos.

En Tahití conocí a un grupo de franceses que todos los años iba a visitar la tumba de una amiga de juventud, que se había suicidado. Impotentes y conmovidos, se prometieron darse cita cada año, frente al árbol que crecía de sus restos, en una tumba que no necesitaba nombre para ser encontrada.

Sobre la pequeña colina de Arué se plantaba un pequeño cementerio tahitiano, frente al más pacífico y azul de todos los océanos.

Despuntaba el día de todos los santos y mi nueva amiga Marie-Noelle me invitó a acompañarles a la visita anual a la tumba de su amiga.

-Traé un par de cajas de velas- me dijo.

A eso de las cuatro de la tarde los autos empiezan a abarrotarse en la única ruta que recorre el serpenteado perímetro este de la isla, pero nadie se impacienta. Todas las familias llegadas en autos, camioncitos, y motocicletas, se encuentran en la tumba de sus seres queridos. Vienen con cervezas, guitarras, ukeleles, velitas, y algo rico para compartir. Sobre las cruces de madera, sendos collares de caracoles testimonian el adiós ritual maohí. (para la bienvenida se reservan los collares de flores).

Nadie parece triste, todos están sentados alrededor del difunto. Charlan, beben, discuten, se ríen y cantan. Los muertos se me antojan felices y los vivos también.

Mi hija Julieta, de apenas seis años, salta entre las tumbas con una caja de velas en la mano. -Y nosotras ¿a quién le ponemos velas mami?- Pienso, y por un instante me siento lejos de casa. Miro alrededor y veo que hay una buena cantidad de tumbas sin visitantes. Me enternece una pequeña que parece ser de un niño, se la señalo. Julieta le pone una velita y la encendemos.

La tarde empieza a caer. En el trópico los días duran doce horas, entre las seis de la mañana y las seis de la tarde indefectiblemente. Las velitas encendidas empiezan a verse, los cantos acompañados de ukelele y las sonrisas dan a este encuentro una lumbré mágica y armoniosa.

Me entusiasmo y empiezo a encenderle una velita a cada muerto sin visita con el que me topo. Entonces mi hija me grita:

-¡Mamá, si le pones una vela a todos no nos va a quedar nada para el nuestro! en alusión a la primera tumba elegida... “El nuestro,”- me digo -¿Y por qué no? Por un instante sentí que todos éramos uno. Una sola experiencia, gracias a mi niña y a un pueblo que no confinó la muerte al destierro de los sanatorios, y que puede aceptarla y acompañarla colectivamente, incorporándola a sus vidas.

Bello lugar Tahití, bellos sus colores, su exuberancia, pero por sobre todo, bella su gente y su cultura, tan anclada en la vida misma.

Una balada trilingüe nació entonces para contar este recuerdo de un 1° de noviembre: “El cementerio de la colina”.

LE CIMETIERE DE LA COLLINE²

Balada Tahitiana

Pirae, Taravao, pareo
Tane, vahiné reré Moorea
Punavay y Arué,
Tahiti Nui où le jour s'élève en souvenir.

Ranguiroá, Mahiná, Poea
Ukulelé, fanú, Maeva
Te amo Tahiti,
Tahiti Nui
Où la mort cotoie si bien la vie.

Estribillo:
Hinano, guitare des nuits
C'est le rendez-vous d'ami
Sur ta colline tes gens m'ont tout appris.

Collar de caracol emblema
De una canción de adiós,
Poema para ti Tahití
Aunque la vida me haya alejado de ti.

Vamos a la colina
Que los difuntos ya se animan
Para un rato compartir
Trago, canción, silencio y amistad
Una vela por cada soledad.

² @S.A.C.E.M derechos registrados.

Estribillo

Hinano, guitare des nuits

C'est le rendez-vous d'ami

Sur ta coline tes gens m'ont tout appris:

Le jour des morts c'est le jour de la vie.

Paris, 2004

V

VOLVER

SANTUARIOS

Todo lo que queda de la vida se amontona delante de peatones distraídos por sus ocupaciones mundanas.

Madame Dubondieu es profesora de español en un liceo parisino del que mi hija es alumna y al que entro a trabajar como Asistente de Biblioteca.

Además de permitirme hacer música por la tarde, mi nuevo trabajo también me gusta. Rodeada de libros y jóvenes estudiantes ordeno, clasifico, reparo y etiqueto obras escolares, científicas y literarias. El único trago amargo de la jornada es una jefa en edad de jubilarse que no parece muy feliz y nos lo hace sentir a todes.

Madame Dubondieu -como la llaman sus alumnos- pasa seguido por el CDI, Centro de Documentación e Información del establecimiento, y un día me propone cantar en su clase canciones *contestataires*. El llamado “Nuevo Cancionero” latinoamericano formaba parte aquel año del programa de Español para obtener el diploma de bachiller. La idea me encantó. Atahualpa Yupanqui, Violeta Parra, Armando Tejada Gómez, Víctor Jara, Daniel Viglietti, Carlos Puebla y Silvio Rodríguez... son parte de mi santuario.

Además de haberme dado buenos consejos para los estudios de mi hija, la profe de español vino un día y puso en mis manos un tesoro: una entrada para ir escuchar a la cantante más anciana de la canción francesa, la musa de los existencialistas de Saint Germain de Près, la mismísima Juliette Gréco; nada más y nada menos que en el teatro Olympia. Fue una experiencia que siempre le agradeceré.

Fundado en 1888 y dirigido por el compositor Bruno Coquatrix hasta su muerte en 1979, el Olympia es célebre por su acústica, pero sobre todo porque hay algo

en esta sala que sobrepasa sus capacidades técnicas. Todos sabemos de la existencia de seres y objetos que propagan y recepcionan energía. Bueno, las paredes del Olympia están cargadas de algo.

Aquel día, salí del trabajo como siempre y me fui hasta el barrio de l'Opéra, para caminar por el "Boulevard des Capucines" hasta el gran templo de la canción francesa. Quería llegar media hora antes para respirar aquel lugar.

Fue entrar y sentirme diminuta... Sobre las paredes de la izquierda gigantografías en blanco y negro de Edith Piaf, de Jacques Brel, de Léo Ferré y del propio Bruno Coquatrix se erigían en duendes de bienvenida, y como si llegara a la meca, la garganta se me anudó.

Siempre me pareció inevitable reservar al arte cierto sentir religioso, esto es, poner lo que con él hacemos por encima de nosotros mismos, desdibujarnos en algo que nos incluya y supere, que sea más importante que nosotros, y que nos ayude quizás a ser un poco mejores. Mirando aquellos gigantes de la poesía cantada y de la interpretación me dije que la música sería mi única religión.

Hay otro lugar-santuario en París en el que las paredes también están cargadas y los encuentros son muy intensos: el Club de Poetas de la *Rue de Bougogne*, del fallecido resistente Jean-Pierre Rosnay, cuya actividad continúan hoy su hijo Blaise, también poeta.

Entrando, es como un pequeño bodegón de piedra al estilo de una taberna mexicana. Apagan la luz y un violinista ruso recorta la oscuridad con una nota larga y punzante y entonces las voces se encienden como pétalos. Oídos en trance, comunión de almas, redención de todas las tristezas vividas a cambio de la felicidad de compartir aquel asombro en forma de revelación.

Conviven allí un puñado de poetas y poetizas que con cantantes, escritoras y escritores militan por la belleza, el mejor, quizás de todos los partidos.

Los distraídos pasan afuera unos tras otros, hasta que alguien ve la botella que flota con el mensaje cifrado en medio de una humanidad en ruinas y se detiene pequeño, como un niño frente a dios³

³ De *Volver a los diecisiete*, canción de Violeta Parra, cantautora chilena.

EL PENSADOR

La vida es como una obra de teatro. Mirá como van todos peleándose por un conito de luz y por el mejor ángulo. La gente está ávida de amor, y el aplauso no es más que su metáfora. Cada cual en su papel dándole réplica al de al lado.

Aquella definición de mi profesor a los diecinueve años me dio mucho miedo.

¿Quería decir que estábamos en disputa, o que seguíamos un guión o que las personas eran en realidad personajes? Aún no tengo respuesta, pero trato al menos de aprender algo de aquellas descripciones. Si bien los “personajes” me siguen interrogando desde su existencia cotidiana, nunca había imaginado que alguien podría verme un día a mí como a un personaje.

-Buenas tardes. Me gustaría tomar cursos de canto con usted. Me dijo un desconocido acercándome su tarjeta. Es que me gusta el personaje.

Lo de “personaje” me sonó raro. Pero como la originalidad nunca me asustó. Entonces me detuve en la tarjetita.

“Carlos Rodríguez” Un escudito nacional argentino acuñado en el papel blanco y debajo, a modo de profesión: “Pensador”. El personaje era más bien él.

Corría en París el año dos mil y “La Casa del Tango” -milonga recientemente abierta por una francesa adicta a la danza porteña en el barrio 19- me invitó a dar regularmente un taller de canto basado en el Tango. Sobre el final del atelier aquel extraño señor que se decía pensador vino a verme, y acordamos, como era habitual, un primer encuentro para que me cuente un poco lo que esperaba del curso y el repertorio que quería abordar.

A la semana siguiente se apostaba en mi casa. Lo hice pasar y mientras yo preparaba unos mates, remarcó sobre la mesa la lata de yerba “Cruz de Malta” que me había enviado una amiga, y dijo:

-Ese ingenio era de mi familia.

Mientras la pava del mate silbaba sentí por la espalda su mirada y también su nerviosismo: la pierna izquierda no se le quedaba quieta y el taco de su zapato tintineaba en el piso. Algo inquietante irradiaba ese hombre, tendría unos cincuenta y cinco años y estaba vestido de sport. Entonces me di vuelta, y resuelta, le dije que los cursos de canto los dábamos en la casa del pianista, en el barrio Montmartre, que el precio era tanto y que sólo quedaba un día y un horario disponible para que venga.

-Ningún problema- agregó -No tengo ocupación y estoy parando en casa de Alicia, en el barrio 16.

Carlos -o como quiera que se llamara- empezó los cursos cantando “Caminito” y después pidió que le ayudásemos a preparar una vieja y bonita canción de Charles Trenet, “Douce France”. A la clase siguiente Carlos se apersonó veinte minutos antes, algo más alterado que la primera vez. Estaba yo con la alumna que lo precedía cuando la interrumpió, se paró delante del piano de Georges, colocó una partitura en el atril y empezó a cantar a capella. La chica, asombrada me miró como interrogándome pero guardó silencio.

-Carlos- intervine -todavía no terminó Christine su curso. Vaya a sentarse y espere un poquito por favor. Si quiere puede servirse el café que Georges nos preparó-. Georges Cross era un viejo pianista tanguero, ya jubilado, que acompañaba a los alumnos del curso. Se había casado de joven con la hija francesa del compositor del tango “Remembranza”, Mario Melfi, en los años en los que el tango hacía furor en los bailes populares de Francia.

Ante mi propuesta Carlos se fue refunfuñando como un chico. Y cuando terminé con Christine volvió al ataque.

El pianista lo miraba con curiosidad cuando el argentino y pensador comenzó una suerte de sermón fuera de contexto:

-Hoy- dijo -quiero hablarles de la reconciliación, quiero hablarles del perdón, quiero hablarles de la superación de todos los resentimientos, de limpiarnos los argentinos, de perdonarnos, ya sin odios, ni divisiones ni enfrentamientos.

En tres segundos atravesé el océano cultural y político que nos separaba y descifré esas tres palabras claves “Argentinos”, “reconciliación” y “perdón”. No contento aún con el efecto ducha fría el inspirado seguía:

-Tenemos que lavarnos de todas las penas, de todo lo malo y solo así podremos olvidar, olvidar y mirar hacia adelante, unidos todos los argentinos en el amor de Cristo, Nuestro Señor Todopoderoso y encontrar en Él, la salvación.

Y ahí nomás -ni lerdo ni perezoso- enganchó con la canción francesa “Dulce Francia”. El pianista, que no había entendido ni jota de aquella arenga, reconoció inmediatamente la melodía y se puso a acompañarlo en el piano como hacía siempre. Carlos cantaba

<i>Douce France</i>	Dulce Francia
<i>Cher pays de mon enfance</i>	Caro país de mi infancia
<i>Bercée de tendre insouiance</i>	con ternura y con confianza
<i>Je t'ai gardée dans mon cœur</i>	te guardo en mi corazón

Y de golpe se calló, y sus ojos exaltados se pusieron tristes y perdidos en algún lugar lejano. Mi sorpresa se había transformado en miedo, y mi miedo se convertía ahora en una mezcla de piedad y de terror

El pianista rompió el silencio para comentar con entusiasmo:

-Ben dis donc! Qu'ils sont sanguins ces argentins! Lo que literalmente se traduce: Mirá vos, ¡qué sanguíneos son estos argentinos! En alusión a lo “apasionado” de la intervención, porque Georges no entendía una palabra de español.

Y ahí a no pude callarme más, y le dije en francés:

-“En efecto, Georges”... “Me parece que sí, hay mucho de sangre en todo esto.

Carlos ahora temblaba, y yo -la verdad- no sabía muy bien cómo seguir con esta irrupción de lo peor del pasado argentino en aquel presente parisino. Entonces se me ocurrió decirle:

-Me parece que hoy está muy cansado, Carlos. Ya trabajó bastante. ¿Paramos aquí?

Asintió inmediatamente, apenas saludó de un gesto y se fue sin agregar palabra.

Impresionada por la escena, traté de explicar al viejo Georges -en babia como siempre- lo que había pasado. Le dije que este hombre había hablado como lo hacen los militares argentinos que participaron en la represión durante la última dictadura, pero no quiso creerme y lo negó todo.

Quince días después de esta clase, Carlos llamó por teléfono para disculparse y decirme que se volvía a la Argentina. Dijo que había vivido cosas en su pasado que a veces afloraban así, que tenía delirios y que lamentaba mucho lo que pasó.

Traté de averiguar luego si el nombre de Carlos Rodríguez figuraba en alguna lista de represores que organismos defensores de los derechos humanos pudieran tener en Argentina. Para ello consulté a la gran abogada francesa Sophie

Thenon. Ese nombre no estaba registrado, y bien podía tratarse de un nombre falso.

La leyes de Punto final a los juicios por crímenes del Terrorismo de Estado y de Obediencia debida (que justificó la represión por obediencia a la cadena de mandos) aún estaban vigentes en mi país, y nadie imaginaba que los retratos de los genocidas del ejército iban a ser descolgados tiempo más tarde en el Colegio Militar por un recién estrenado Presidente constitucional, llamado Néstor Kirchner en uno de los gestos más claros y emblemáticos de su gestión. Poco después llegaron los juicios por delitos de lesa humanidad a los represores genocidas de la última dictadura argentina. Nunca supe si uno de ellos fue el tal Carlos Rodríguez.

De personas y personajes está hecho este mundo terrible.

Para tratar de entender el holocausto, muchos sobrevivientes se consagraron en Francia a la psiquiatría, en un intento de encontrar una explicación a lo inexplicable. ¿Cómo se puede torturar a otra persona? ¿Cómo se puede ejecutar la destrucción de una generación? ¿Cómo se les puede robar a los padres sus bebés y a los bebés sus vidas? Algunos dicen que para torturar a alguien primero se lo cosifica, se lo despersonaliza, en la cabeza del verdugo se le quita todo atisbo de humanidad.

En el País del Yo me acuerdo⁴, doy dos pasitos y me vuelvo.

⁴ Alusión a la canción *El país de Nomeacuerdo*, de María Elena Walsh, que fuera música de la película argentina *La Historia Oficial* de Luis Puenzo, (1985).

CAZADORES

Punteaban los años setenta cuando Ada Mince, antigua militante comunista amiga de juventud de mi madre, vino a casa con sus redondeados lentes de mosca y dejó su cartera junto a una bolsa con revistas infantiles sobre mi cama, el lugar donde poníamos los bolsos y los abrigos de las visitas.

La tentación fue tan grande que abrí una de las revistas para leerla a escondidas. Traía un cuento: “Historia de un niño que quería encontrar el Tiempo” o algo así. En él, un nene preguntaba a un jardinero, a un albañil y a un marinero en dónde se escondía el Tiempo. Y cada uno le respondía desde la experiencia de su oficio. Para el jardinero el tiempo vivía en las plantas que crecen, para el albañil en la construcción de la casa que avanza y para el marinero en las mareas que respondían a los designios de la luna. El último en ser interrogado por este pequeño cazador de eternidades era un relojero.

Les cuento que años más tarde, un señor de Adrogué, Don Fortunato, me contaría que siendo niño desarmó el reloj de bolsillo de su padre y separó todas las piezas con la esperanza de encontrar cuál era la pieza que producía el tic-tac. Nunca lo supo, porque obviamente la máquina dejó de andar, pero además tampoco pudo armarlo de vuelta y se comió la paliza de su vida.

En mis años jóvenes se leía en prohibidos manuales de Filosofía de un tal Afanasiev que “el Espacio y El Tiempo son formas de la Materia” y esto sonaba tan, pero tan atractivo. Sin embargo aquellos resúmenes Lerú⁵ del marxismo tuvieron también su tiempo.

Cuando pisaba los treinta, mi amiga Gaby me contó en un almuerzo de oficina, muy convencida, que no habría categoría más subjetiva que el Tiempo. Y me

⁵ Cuadernillos de estudio impresos en papel desde los años 60, con los contenidos curriculares resumidos del secundario, equiparables hoy a sitios on line como *El Rincón del Vago*.

daba el ejemplo del condenado al pie del patíbulo y el de la futura madre, viviendo ambos a la vez, tiempos tan diferentemente vividos.

Ya empezados mis cuarenta años un músico, me describió un ejercicio rítmico de conservatorio: cada alumno debía marcar mentalmente el tempo de una negra (la figura musical de un tiempo), sin provocar sonido alguno, solo con el gesto repetido de la mano.

Al final del ejercicio el profesor relevó que nadie marcaba el pulso al unísono, es decir, al mismo Tiempo. Constataban así que el ritmo musical, siendo por convención el mismo para todos, se encarnaba siempre según el latido interno de cada uno.

A propósito, en la escuela pública secundaria aprendimos que la danza precedió a la música, porque sólo necesitó del ritmo del corazón humano para organizar sus figuras y existir. El arte de combinar los sonidos llegó después, con sus melodías solitarias o en paralelo y sus entramados armónicos capaces de contener tanto racimo de notas.

En su manía por escribirlo todo, los monjes de occidente quisieron atrapar los cantos sagrados en un papel, y así nacieron las primeras y rudimentarias partituras.

Mirándolas hoy, aplicados alumnos de importantes conservatorios piensan que el pulso de una obra musical depende de la distancia que separa dos barras de compás, pero como el ojo es mucho más torpe que el alma, algo se muere en el intento, y la música queda desposeída de su corazón, que sigue siendo su principal sustento.

El corazón de la música se me antoja una luz intermitente, un puño que se abre y que se cierra, un pulmón henchido que de golpe se vacía para volverse a llenar.

El Tempo musical, como la vida, también tiene sus caprichos, sus toses, y su asma. ¿Cómo escribirlo entonces?

Hace unos años tuve un sueño enigmático que olvidé inmediatamente. Durante toda la mañana siguiente hice esfuerzos en vano por recordarlo. Hasta que por la tarde con mi hermana Marga salimos a pasear por el barrio. La vuelta del perro consistía aquel domingo en recorrer una feria garage que los vecinos de Montreuil montaban en una calle cercana, y que llaman en francés *vide grenier* (vacía granero).

Franceses, árabes, africanos y latinos sacaban del sótano todo lo que ya no les servía y lo ponían a la venta por poca plata. Y caminando las mesas vi algo que reveló la incógnita de mi sueño: un anillito sobre el que alguna vez habían soldado un reloj, pero del que sólo quedaba ahora la máquina sin el cuadrante ni el vidrio. Ese relojito roto me decía algo y no sabía bien qué. Lo compré inmediatamente y por la módica suma de cincuenta céntimos de euro.

Como anillo al dedo, las imágenes de mi sueño volvieron unas tras otras: había pasado la noche entera desactivando una bomba que, como Don Fortunato niño, separaba en partes para evitar la explosión.

El tic-tac del tiempo era la cuenta regresiva de mi vida. Y la bomba desactivada la tregua del éxito de un tratamiento recién ganado al cáncer, el cazador voraz de todos nuestros tiempos.

FIESTA

Palabra tabú, el cáncer fue durante muchos años sinónimo de muerte.

El progreso desarrolló en el hombre nuevos cánceres, la posibilidad de un diagnóstico precoz y también en muchos casos, el remedio. Así la industria del líquido rojo florece y un ejército de peladas y pelados están ahí para dar fe.

A los cuarenta y cinco años supe que tenía uno. Mazazo total. La muerte sigue escandalizando como si fuera una especie de abuso. Curioso, ¿no?

Sobrevivir a un cáncer fue la experiencia más fuerte que me tocó en vida. Gracias a él cambié de parecer, de alimentación y de hemisferio.

El cáncer re-actualiza la cuenta regresiva de la vida, que en realidad se pone en marcha el día de nuestro nacimiento.

Los tratamientos parecen peores que la enfermedad, ahora, la enfermedad sin tratamiento es peor que la muerte, ¿y la muerte? Vaya uno a saber... dónde está, cuándo vendrá, y a qué se parece. Entonces insistimos y probamos, a ver qué pasa... Y un buen día te dan el alta.

Dos palabras se cruzan, la del médico y la tuya. Ejemplo: tratamiento sin paciente que quiera vivir, no funciona. Deseo de vivir, sin seguimiento médico, tampoco alcanza.

A mí me fue muy útil el cáncer, porque creo que todo lo que vivimos tiene que servir para algo. Cuando llegué al final de la quimioterapia me tenían que operar y sacar un tumor del pecho.

La primera y la última vez que lloré fue de miedo a morir, en la camilla entrando al quirófano. Qué miedo me dio dejar este mundo así, me sentía como al pie de la horca. Quería tanto vivir que cuando me desperté ya en la cama del hospital sintiendo que por debajo de las vendas aún tenía dos tetas me levanté para festejarlo.

Me puse el tapado sobre el pijama y las botas de invierno, y salí a caminar por el patio del viejo hospital, con la alegría de quien está llegando a una fiesta.

Otros pacientes y alguna enfermera suspicaz me miraron como a un fantasma. Y yo me sentía un fantasma: en pijama, con ese tapadón, la cabeza pelada y saboreando un cigarrito de aquellos que ya por prudencia, no fumo más.

Una vez mi madre me contó un sueño: estaba en "*La Fête de l'Humanité*" -la feria anual del diario del PC francés- y en medio de aquel gentío vio a mi padre, ya fallecido, que la llamaba haciéndole un gesto con la mano. A mí me había llamado la vida, y yo acudí.

ESPEJISMOS

Choly era fanática de la voz edulcorada que ponía Julio Iglesias cuando cantaba:

“El amor...no sólo son palabras que se dicen al azar

Por un momento y sin pensar...”

Ella lo sabía. Había conocido a Narciso en un asado. La verdad es que ese día no le llamó para nada la atención, un señor de cierta edad, sin más. Llegado el momento se armó la guitarreada y Choly cantó una zamba y entonces Narciso se le acercó para decirle que cantaba con mucho sentimiento, lo que ella agradeció con un gesto. Y entonces a la Choly se le ocurrió decir que una vez aprendida la melodía y el ritmo de una canción solo quedaba explorarla con lo que cada cual llevase dentro. Narciso se sintió interpelado, y presuroso le dijo que por lo general componía música clásica, pero que había compuesto también un puñado de “canciones populares” arregladas para piano, vientos y voz, y que la voz era en la partitura un instrumento más. Choly debió escuchar aquella frase con mayor detenimiento. La vida se parece a veces a un mal libro, que sólo en relectura revela todos sus indicios.

Ya vivían juntos cuando Narciso comenzó a sentirse mal, muy mal y ella sintió pánico de que se le muriera. En ese entonces todavía la muerte era para Choly algo aterrador.

Llegaron al hospital municipal y después de siete años de abstinencia nicotínica, Choly pidió un cigarrillo y se lo fumó hasta el filtro. La anciana madre de Narciso -que vivía en Burzaco- la prevendría meses más tarde de que su hijo era hipocondríaco, y que contra la apariencia que asumía en sus momentos críticos, gozaba de una excelente salud.

Lo cierto es que aquel hombre viejo despertó en la Choly un amor inusual. En un mes le escribió todas las letras de un disco de músicas instrumentales, adaptándolas a un formato de canción, lo que no siempre es posible, pero dios sabe que, como dice la trova de Silvio Rodríguez, “Solo el amor convierte en milagro el barro.”

Un mes de su ausencia bastó para que la Choly escribiera sus primeros poemas amoricidas. El amoricidio es una palabra que no existe, pero que se podría acuñar porque explica mejor que ninguna otra el trasfondo de lo que las feministas describen como “amor romántico”. En esa época mi amiga Choly era una ferviente militante del amor romántico. Una expresión que a veces no se comprende porque el romanticismo, por halago de muchas mujeres, sigue teniendo en la cultura patriarcal muy buena prensa: ¿Acaso no es un reclamo corriente hecho a maridos y novios machos (es decir hombres machistas), duros e impenetrables? ¿Acaso no se lo vincula con el buen trato y la consideración? “Pero si yo a mi mujer la tengo como a una reina” replican indignados. ¿Quién no soñó en la cima de su actividad hormonal con el cliché de un par de tacones elegantes, copas de champagne, vestido negro, música de saxo para sexo y una cama gigante en la que abandonarse al deseo? (en lugar de pañales, chicos que lloran, indiferencia marital, comida que se quema, facturas que llegan y trabajos que se pierden por falta de disponibilidad o desocupación creciente)... ¿Qué tendría de malo “un poco de “romanticismo”? Por eso prefiero cambiar lo de “amor romántico” por amoricidio. Un tipo de amor que ese vocablo vuelve más explícito. Una especie de sentimiento que todo lo englute, empezando por una misma: vivir en función de la otra persona, de sus necesidades y esperas, resignar y posponer, guardarse siempre para más tarde, al principio con gran felicidad, luego con resignación, después con culpa (-¡Vos sí que no sabés amar!) y por último con hartazgo (Señor Puerta, pasillo, su ruta). Pero al principio de aquella intensa experiencia sentimental, la Choly pensaba que dios la había tocado con la varita mágica, que podía volver a sentirse una niña y con esa despreocupación abandonarse en los brazos de un hombre puedelotodo. Los espejismos nacen en los desiertos más despojados, como para confirmarlos, quizás definitivamente.

La Choly piensa mucho en todo aquello, aunque por aquel entonces no se trataba de pensar: ese amor absoluto le desbordaba por los ojos, por los brazos y por todo el cuerpo. Para algunos amigos comunes ya era molesto ver que no se podían separar en las fiestas compartidas ni para hacer un mandadito. Hoy mi amiga busca en palabras el sentido de tanto anhelo, y fue allí que se me ocurrió decirle lo del amoricidio, es la muerte paulatina e intensa del amor verdadero, el de dos naranjas enteras que comparten un camino.

Lo que más compartían Choly y Narciso era la música, improvisar sobre clásicos de jazz al estilo Nueva Orleans. Bajaban al sótano de la casa que ella alquilaba para pasar una tarde explorando frases y timbres instrumentales en esas telas de araña imaginarias del espacio sonoro que llamamos tonalidades. Dicen que los improvisadores ven y sienten esas telas de araña, invisibles a la mayoría de los mortales. Y se trepan, y las llaman, y les entran, y se escapan y vuelven para recorrerlas con una felicidad rara. Pero pasado esos momentos de éxtasis compartido hay una vida fuera de la caverna. Ese hombre entrado en años, buen lector, ameno conversador y maníaco, ensimismado en sus nanas y en sus nenas, a ese hombre le dio, mi amiga, su corazón. Sin medida, sin reparo y sin sosiego.

Y todo terminó de nuevo en un lecho de hospital. Pero esta vez era el de ella: el nuevo bazar moderno del desengaño puede llamarse cáncer, y como el amoricidio, tomado a tiempo, también se cura.

CONTRASEÑA

Después de seis años en Polinesia llegó el tiempo de volver a París. Ya hablaba francés y había hecho el conservatorio en Papeete durante 5 años. Luego de mi trabajo bibliotecario me propuse dar cursos de canto para jóvenes en alguna escuela de música del conurbano parisino. No era fácil, pero sabía que en muchos dominios como el artístico, el Estado francés tomaba gente con contratos “más flexibles” y que quizás así -aun siendo extranjera- tendría una chance. Dicho y hecho.

Inspirada en el éxito de dos concursos televisivos para jóvenes cantantes, armé un proyecto de Taller de Canto y lo presenté en la que por entonces se llamaba Escuela Nacional de Música de Pantin, y que la derecha unos años más tarde -reducción presupuestaria mediante- rebautizó Conservatorio de proyección (*rayonnement*) territorial.

La escuela estaba dirigida entonces por Sergio Ortega, célebre y carismático músico chileno de los años 70, quien amén de sus obras clásicas, había compuesto casi todas las canciones del grupo Quilapayún, entre ellas “El Pueblo Unido”. La gente lo quería mucho, en el conservatorio y en la ciudad de Pantin, que a tantos chilenos refugiados políticos había recibido. Sergio Ortega quería abrir los cursos de la escuela a la comunidad. Mi proyecto llegó justo: adultos y jóvenes podrían cantar en un Atelier que él mismo bautizó de *Chant Populaire*.

En siete años desfilaron alumnos y alumnas de diferentes edades, estilos y gustos musicales, todos con ganas de cantar.

Pierre era de aquellos alumnos dotados de una buena voz: naturalmente cálida, de espectro amplio y con un volumen de cantante lírico. Lo había derivado, justamente, la titular del Departamento de Canto Lírico quizás considerando que a aquel amante del Bel Canto italiano, obrero y afiliado a la CGT local, no tendría

nada más para ofrecerle. Le propuso entonces pasar de la ópera a la canción. Pierre se enteró que un taller se abría, a cargo de una profe argentina y se presentó el primer día con un jovial “Quiero cantar el tango de Carlos Gardel”.

Pierre venía de lidiar con enseñanzas que solían hacer del canto un deporte de competición: impostación afectada, vocalizaciones acrobáticas, vibratos agotadores y volumen al pedo. ¿Cómo es posible? Se preguntarán ustedes. La anécdota que voy a contarles quizás sirva, aunque más no sea, para acercar el bochín a una respuesta.

Aquella tarde Pierre entró al aula con su amabilidad habitual, y cantó la canción que preparaba para la audición de fin de trimestre. como le habían enseñado, cuando Pierre cantaba le escuchaba más la voz que el alma, pero eso él aun no lo sabía. Como le habían enseñado llenó sus pulmones de oxígeno -tenía un gran cofre, una súper caja torácica- e hizo durar la última nota hasta que se quedó casi sin aire... El efecto fue devastador, porque todo ese esfuerzo, no tenía gran sentido.

Le pregunté entonces por qué había insistido tanto en esa nota final. Levantó las cejas y con cara de “Ah... esta vez te agarré” vino hacia mí con la partitura y un índice acusador:

-¡¡Porque es una redonda con puntillo!!

Yo buscaba, desesperada, cómo explicarle algo que no era tan fácil de explicar y una vez más, la metáfora vino en auxilio:

-Mire Pierre, una partitura es como la clave de la tarjeta. (Mirada perpleja de Pierre) Sirve para sacar plata del cajero pero no enseña a ganarla. Con la partitura pasa algo parecido.

Pierre se quedó pensativo y con sincera modestia respondió:

-Lo voy a pensar, Adriana. Gracias. Hasta el viernes que viene.

Hay quienes piensan la música como una ciencia exacta. Hay quienes piensan la música como un lenguaje. Y hay quienes la piensan como un discurso en el que fluye el alma. La tercera opción incluye a las dos otras, pero las supera.

Desde aquel día Pierre empezó a tratar de combinar las notas con las palabras y la técnica con sus sentimientos. Y era un placer escucharlo.

VI

PAREDÓN Y DESPUÉS

INSPIRACIÓN

-¡Los escritores son unos mal nacidos!- me dijo un día Roberto Ferro, en uno de nuestros encuentros de escritura. Le pregunté por qué.

-Porque los que no saben escribir creen que saben y los que saben no lo saben.

Gracias a este profesor del mundo literario argentino y sus trastiendas, pude engarzar las piedras letrosas de este pesado collar: escribir un libro.

Tuve días prolíficos y veloces (los inspirados) y otros yermos e inútilmente laboriosos (los auto forzados). Y también varios de manuscrito cajoneado (los dubitativos). Hasta que me decidí a retomarlo y hoy es esto.

Es que escribir es como parir, no basta con tener ganas, hay que estar preñado/a de una idea. Hoy, por ejemplo, no tengo ninguna. Nada que llene mi espíritu ni esta hoja de efervescencia útil. Nada de eso que llaman inspiración y que -como su nombre lo dice- tiene que ver con soplos y bocanadas de vértigo. Entonces les propongo, a falta de otra cosa, que charlemos sobre la Inspiración.

El cantante Charles Aznavour, a quien se le atribuyen más de mil canciones, solía decir que antes de escribir sentía ya una sensación especial que lo sentaba inmediatamente al piano.

La inspiración es como un estado de inquietud que la alegoría de las musas grafica sin poder realmente explicar, ya que nadie puede decir cómo es que las musas vienen o permanecen escondidas.

Todo lo que podemos advertir es que en medio de la oscuridad, irrumpe sin avisar una idea luminosa. Una idea luminosa es aquella que produce inmediatamente efectos, sensaciones e imágenes simultáneas. (poderlas compartir es otra

historia). Flashes de experiencias, sabores, colores, sentimientos, como una llave que abriese en una sola vuelta varias puertas.

Una idea luminosa corona un pensamiento, porque lo reencarna y vivifica. En otras palabras: lo justifica artísticamente. De no producirse esto creo que estamos frente a una suerte de impostura.

No por nada inspirar es también llevar oxígeno a los pulmones, insuflar vida. Ese estado de alma disparador de obra procura una felicidad absoluta. Desordenada a veces, abrupta o quejumbrosa, esa cita misteriosa con la creatividad da sentido a los gestos, a los gastos y a los gustos. Nada le cambiaría a la vida a riesgo de perder esa dicha intermitente. ¿Por qué no será eterna? Me dije muchas veces. Porque -mal que le pese al profe- nadie puede vivir en estado de embriaguez permanente y a cada cuita de tinta le llega siempre su página en blanco.

Al menos hasta nuevo aviso.

LA VECINA DEL SEGUNDO

“Todos tenemos miedo de morir solos, enfermos, viejos y pobres” le dijo un día el terapeuta a mi querido amigo Julián.

-Todos menos yo- respondió el muchacho. Hasta que un día cruzó en la Ciudad de Buenos Aires a María, la anciana del segundo piso.

La mirada dura y penetrante, el cabello blanco, pajizo, crecido y despeinado, una remera larga ya sin color con una bombacha gigante sobre un cuerpo escuálido. Con su voz fuerte y vigorosa lo invitó a entrar a su casa. Julián descubrió entonces un universo de santones, velas, estampas y medallitas combinadas con algunas caricaturas infantiles de animales en cuadritos ya desteñidos colgados de la pared.

De vez en cuando Julián iba a llevarle alguna comprita que ella le pedía, y María le contaba siempre un pedacito nuevo de su vida: que había vivido con su madre española, ya fallecida, que todavía la extrañaba, que nunca se casó pero que tuvo novios, sobre todo uno que le duró varios años, y que se había jubilado trabajando en el vestuario de un gran club deportivo chetón y amistoso en Avenida Libertador.

Cuando se murió su madre, María se entristeció mucho. Increíblemente había compartido con ella hasta la cama, todas las noches de su vida. Aquello a Julián le sonaba muy extraño. María huérfana, fue desesperada a ver al cura de la familia y le dijo que no sabía cómo vivir sin su madre. Entonces, el Padre Juan le propuso integrar una hermandad laica para que pudiera consagrar su alma a Dios sin necesidad de quitar su domicilio ni vestirse de monja. (Parece que ante la falta de nuevas vocaciones, muchas congregaciones se ven obligadas a llamar a religiosas “laicas de la fe”).

Beata, María reza varias veces por día y por lo menos en tres oportunidades, su rezo debe acompañarse de una buena acción. Una de ellas es darle de comer a las palomas desde su ventana. La viejita prepara entonces un menjunje chirlo de arroz ultra hervido y pan mojado en leche y lo manda desde el segundo piso a la vereda sin previo aviso. ¡Y Splash! Y que dios te proteja de la salpicada. Los pasantes se dan vuelta y buscan arriba al culpable:

-¡Vieja loca! ¡Vieja de mierda!. A veces llaman a la policía, pero la policía nunca viene, la conocen y además son amigos del sobrino.

Las otras dos buenas acciones de María no me las puedo acordar, creo que una era ayudar a los pobres y bajarles un bol de arroz blanco cuando ven que remueven la basura.

La pasión religiosa de la vecina del segundo no despierta sólo adeptos, también algunos enemigos. En el barrio una comerciante previene a Julián: “Ojo, esa mujer es un mal bicho”.

-¿Será verdad? - se pregunta el pibe mirándola en ese living modesto y reluciente y al hacerlo se interroga por su futura vejez.

Además de la religión, María está atravesada por otra pasión: el juego. Antes, cuando aún caminaba sin problemas iba a los casinos y más recientemente al Bingo, pero ya casi no sale. Una agencia de lotería muy cercana se lleva buena parte de su jubilación antes de que cada mes termine. El almacenero de enfrente le fía. Tanto se endeudó María que tuvo que vender su departamento a una sobrina a cambio del pago de su deuda de juego, y con su permiso vivir allí. Hasta el día en que la llevaron a un geriátrico.

Como su madre, María es devota de La Virgen. Todas las noches encomienda su alma a Dios, y todos los días, gracias al canal gallego de “Cable Prisión” asiste

desde su sillón a la misa en gallego. Después mira el noticiero, sin olvidarse del sorteo de lotería que le sigue, con los papelitos de la agencia en la mano.

Un día estaba Julián dejándole el paquete de galletas que le había pedido, cuando apareció en la televisión Hebe de Bonafini, la mismísima Presidenta de la Asociación Madres de Plaza de Mayo.

-Esta vieja es una mentirosa- dijo María. -Tiene a los hijos vivos en Miami y dice que están desaparecidos para cobrar la pensión.

Estupor de Julián. Y prosigue:

-Te lo digo yo porque mi sobrino trabajaba en la S.I.D.E. (Se refería a la antigua Secretaría de Inteligencia del Estado, hoy A.F.I. Agencia Federal de Inteligencia).

-Mi sobrino sabe de estas cosas.

Julián miró las paredes buscando en vano una mísera ventana, pero sólo había estampas desteñidas de vírgenes y animalitos setenteros. Una foto gigante de “La Piedad” de Miguel Ángel asistía atónita al absurdo de aquellas palabras.

¿Acaso la vieja nunca relacionaría a esa virgen madre de dios con las Madres de los hijos sacrificados por el Terrorismo de Estado?

Hay algo peor que morir viejo, solo, enfermo y pobre, se dijo Julián, morir sinvergüenza.

CANCIÓN DEL APARECIDO⁶

Somos esos que una noche se llevaron
Y que nadie vio partir amordazados.
Somos esos a quien niegan sepultura
Los infames que asesinaron a oscuras.

Salvo mi madre que pidió por mí
Pocos hubo con coraje
Vengo de un viaje que no tendrá fin
Para contar lo que traje.

Una niñita adorada por mí
Que esperó siempre mi vuelta
Después la vi reclamando sin fin
Para abrir todas las puertas.

Somos eso que en la estrella adivinaron
Un presagio y por él nos condenaron
Somos esos, que un mal día se llevaron
Hoy volvemos porque no nos han matado.

Entre paredes mugrientas parí
Sin importarme las armas
Su frentecita tan tibia sentí
Que por suerte me acompaña.

Somos esas que lanzaron desde el cielo
Cuando a tantos los paralizaba el miedo
Somos esos que a la vida retornamos
Cuando un hijo con verdad recuperamos.

⁶ ©S.A.C.E.M derechos registrados.

FRATERNOSTRO

La fraternidad es un vínculo que se aprende en las familias en las que -más o menos- las cosas caminan.

Mi hermanito llegó a casa en brazos de mi madre una noche fría de abril del año 1966. Guardo el recuerdo de su presentación formal en la entrada de la casa de Témperley. Lo habíamos esperado largo rato con mi hermana adolescente, que hacía sus deberes en un escritorio al lado de su cama. Yo tendría poco más de dos años y ya canturreaba algo de “Se va, se va, la barca” en aquella espera.

Mi hermanito sonreía poco y se lo recuerda por sus embestidas en andador en el patio, que lo dejaban siempre patas para arriba.

Iba al preescolar con un pintorcito azul y el día de su cumpleaños la combi que lo venía a buscar se lo llevó con una torta casera y decorada por mi madre con miniaturas que traía el chocolatín Jack, alrededor de una velita.

Con Marcelo jugábamos en el patio con restos de barro, arena y cemento, que acomodábamos en una mini batería de cocina -regalo de las tías- y unos cacharritos traídos de aquí y allá que, organizados en imaginarios muebles, hacían la casita.

Marcelo se peinaba hacia atrás con un palito y gomina imaginaria sus rebeldes remolinos rubios y me preguntaba desde lo alto de sus cuatro años:

-“Querida, ¿qué comemos hoy?”- lo que me inundaba de ternura y ganas de abrazarlo.

Sin embargo aquel hogar solía resultar inhóspito, a pesar de la gran afluencia de gente que tenía, y de nosotros dos, mi hermano era quien lo manifestaba con mayor frecuencia.

Cuando fuimos creciendo nuestra relación se fue haciendo cada vez más difícil. Secretos que tardarían años en secretar. Yo me las arreglé refugiándome en la escuela o en mi abuela paterna, con la que compartía diálogo, cariño y el dormitorio. Cualquiera viniendo del exterior a pedir ayuda pasaba antes que nosotros, y de nosotros dos, el más pequeño fue el que peor la llevó.

Con el tiempo cosas más graves pasarían, cosas que no tenían palabras en nuestras cabezas, y que todos trataron de encubrir.

De chicos nos hemos peleado mucho y de grandes demasiadas lagunas de información para llenar nos separaban. Hasta que llegamos a ponerle nombre a los padecimientos y decidimos tomar la fraternidad en manos y reconstruirla con verdad desde el presente, porque el pasado es irrecuperable.

Desde entonces hemos vuelto a ser para nosotros mismos hermanos.

Una vez, volviendo de mi trabajo -tendría yo unos veinte años- encontré sobre la mesa una caja redonda de cartulina violeta y fósforos alineaditos, como en las paredes de un mini fortín. Mi hermano había escrito allí "Te quiero" con algunos fósforos quemados, y para mi gran sorpresa, era un regalo para mí. Siempre traté de acordarme de aquel gesto inesperado. Marcelo fue un chico de lo más adaptable a la adversidad, de una gran inteligencia para resolver problemas, situaciones y tareas. Desconfiado, aprendió solo y viajando sus oficios y también cuatro idiomas que le abrieron muchas puertas. Es el dueño de un humor corrosivo que no todos saben bancarse. Hoy trata de trabajar menos, para hacer música y llevar una vida sana, lejos del consumo infernal y chatarrero en el que la sociedad norteamericana entrampó a tantas generaciones.

Entre otras cosas, mi hermano es activista contra el abuso sexual de niños, niñas y adolescentes, junto a su compañera de vida y rutas californianas.

Hubiera querido tener en mis años jóvenes una relación más tierna con él. Creo que durante muchos años tuvimos la relación que nuestra familia nos permitía.

Cuando retomó la palabra pública recientemente en Buenos Aires, tuve que defenderlo de los nuevos abusadores verbales, que lo condenaron en nombre de la política y de la lucha de clases. Grandes imbéciles que cada década renueva.

Proyectados desde el núcleo de nuestra familia erramos un poco por el mundo. Mi hermana echó anclas en España y luego en París, mi hermano en Italia, en Francia y después en California y yo en París, en Tahití y en Buenos Aires.

Cuando en cada uno de nuestros lugares llegaba la noche y todo se volvía oscuro, los tres buscábamos la Cruz del sur en aquellos cielos.

Pocos lo saben, pero hay más de un cielo en este mundo, y más de una cruz para desclavarse.

ACENTOS

Desde Radio Colonia Uruguay, la radio de la mayoría el célebre periodista Ariel Delgado leía, hace muchos años, una noticia:

“Hay más informaciones para este boletín: Montevideo. Siguen buscando a los sospechosos del robo de la calle Ugarte. Un vecino brasileño dijo que los malhechores tenían el típico acento rioplatense.”

La nena jugaba en la cocina mientras su mamá lavaba los platos.

-¿Cómo es el acento rioplatense, mami?

-Como el nuestro.

-¿El nuestro? Si nosotros no tenemos acento. Acento tienen los cordobeses.

Difícil verse la joroba, ¿no? Tanto como saber quién somos sin la presencia ajena.

CARTOGRAFÍAS

El amor, como el mapa pródigo de tantas humillaciones, fue dibujándose en la cabeza de las niñas con forma de palacio, de corona y de manzana envenenada.

La niña se hizo madre y una vez venidos los hijos al mundo fue reina, sin saber que con el tiempo se convertiría en bruja.

Destinos palaciegos y reinos de servidumbre, las madres y las suegras enseñan a callar.

Las brujas no quieren a las doncellas porque son jóvenes y bellas.

Los hombres ya no quieren a las reinas, porque sus cuerpos llevan la marca de los relojes de arena y que frecuentarlas les recuerda que el tiempo también pasó para ellos. Nadie quiere enterarse y la ignorancia se inyecta en todos los rostros.

Si la doncella no transita por el mapa del amor la darán por perdida.

Las doncellas sólo piensan en esposar al príncipe, y rápido, antes de que la rosa se deshoje. Son y valen lo que de ellas se ve. La maternidad no gastó los cuerpos de los hombres, sí el de las doncellas.

En paralelo a la vida, existe otra, detrás de una pantalla, que congrega todas las noches a la familia real. En esa vida todos son lindos y por ende felices. En la otra todos son feos, y por ende falaces.

Las doncellas reemplazan los cuidados maternos por los propios.

Los príncipes reemplazan los cuidados maternos por los de una fresca doncella.

Si los príncipes se pensarán en adultos no asistidos por esa especie de amor sirviente, ellos también serían libres. Pero casi nadie quiere ser libre, porque no saben qué hacer con tanta libertad, y además La Libertad tiene mala prensa...

Llegando a la madurez, descubriría que hay personas que quieren escribir otro cuento, inventar otras pantallas, vivir otras vidas y fundar otro amor. Me integro con otras mujeres al feminismo múltiple y a una nueva sororidad en la que todxs somos cisnes, de un día y para siempre.

VOX PÓPULI

Logos, **Ethos** y **Pathos** eran tres amigos inseparables de un barrio en vías de extinción que ya no decía más nada.

Se conocían desde chicos. Compartían un puñado de pasiones y también un secreto y como sabemos, los secretos crean lazos invisibles: **Logos**, **Ethos** y **Pathos** estaban enamorados de una sola y misma mujer, y lo sabían, tanto que nadie en el grupo sintió la necesidad de confesarlo.

La bella **Parolia** también lo sabía y no dejaba de pavonearse. Siempre en busca del gesto y de la entonación apropiada, **Parolia** aspiraba a ser la voz cantante del poblado. Dotada de unas maravillosas cuerdas, sabía que sólo con la voz no alcanzaba.

El problema era que, como **Dios** nunca quiso hacer copias certificadas, había repartido sus dones mezquinamente, creando así seres imperfectos que nunca lo destronarían. Por esta razón fue que le dio a **Logos** argumentos para persuadir por lo racional, a **Ethos** un aura de confianza para convencer por lo conveniente, y a **Pathos** la fibra sensible para convencer sin más.

Parolia amaba entonces de **Logos** la coherencia de sus razones. **Logos** era capaz de diseccionar y organizar cualquier idea, y presentarla como el camino de un trazado geométrico irresistible.

De **Ethos**, **Parolia** admiraba su amor por los grandes principios, capaces de llenar su corazón de algo grandioso. ¿Y quién puede vivir sin algo grandioso? **Ethos** era el inspirador de cultos, códigos, gestas y nobles horizontes.

Y después estaba **Pathos**, el maltrecho; generoso e invasivo como un recuerdo de juventud. Un sentimental incurable, poseído por la noche. **Pathos** era un creador.

Parolia ardía por **Pathos**, pero su corazón ya había sido prometido a **Público**.

Público era el vecino, ser múltiple y casi anónimo, que se encontraba siempre del otro lado del púlpito. Aburrido como un bostezo, no era ni tan necio ni tan sabio; ni tan pacato ni tan libertino; ni tan emotivo ni tan distante, y sin embargo todo el mundo soñaba con cautivarlo. Y ese poder lo volvía consentido.

En la ciudad seguían sus caprichos como los meteorólogos el clima. Hasta le habían inventado una cajita para que él, **Público**, la mire y la mire con cara de feliz cumpleaños de la mañana a la noche, y así contabilizar luego las horas de exposición radioactiva.

Un día **Público** tuvo un **Pálpito**. (**Pálpito** era la mascota de **Pathos**).

Viendo **Público** la gran simpatía que la bella **Parolia** tenía por este bichito premonitorio, decidió regalarle uno que movía la cola y ladraba cada vez que algo amenazante estaba por ocurrir.

Los tres amigos acudían cada noche en auxilio de la musa locuaz, ya que sin ellos, **Parolia** era incapaz de convencer a **Público** de algo. **Público** estaba loco por ella, cada día la quería más y **Parolia** se dejaba querer, pero por todes, repartido su corazón entre esos seres incompletos y por ende tan complementarios.

Hasta que un buen día, **Pálpito** se puso a ladrar de una manera inquietante.

-¿Qué pasa? -dijo **Logos**. -¿Alguien me puede explicar?

-¿Qué pasa? -dijo **Ethos**. -¿A quién hay que defender?

-¿Qué pasa? -dijo **Pathos**. -¿A quién hay que conmovier?

Entonces una luz no muy fuerte, pero persistente lo fue inundando todo. En los confines de la tierra, donde brilla la Cruz del Sur la llamaban la luz mala, porque

andaba merodeando los huesitos y las palabras de los difuntos, y mezclándolas con las de los vivos.

Las malas lenguas dicen que venía del más allá para echar a perder a los hombres. La luz se expandió sobre todos los contornos, y el aire se llenó de imágenes, claras, bellas y penetrantes.

Todo bajo aquella luz, se comprendía, se enaltecía y se soñaba, ya sin culpas.

La memoria se supo fértil frente a ella y el mundo se volvió comprensible para todos, hasta para **Público**, que en privado aplaudía de felicidad llorando como un niño.

Victoriosa de una guerra implacable contra todo lo sobrante, cansada de lidiar con los ecos del sentido, acababa de entrar **Síntesis**, la musa de la construcción perfecta.

PUENTES Y CORDAJES

En un documental sobre ex militantes franceses por la independencia de Argelia en su país natal, una entrevistada defendía aquella elección diciendo que “El mundo será de aquellos que sepan atravesar los puentes”. Aquella frase me interpeló para siempre. Corroboré entonces, que en este mundo, había más de un mundo. Y que aquel que construyera una estela hacia los demás, debía asumir el riesgo de ser considerado un hereje, o mismo un traidor.

Puentes. Inmediatamente me vi de niña construyendo con ladrillitos de colores “Rasti” una casa de juguete en las alturas, a la que se accedía por una escalerita y de la que se descendía por otra. Tenía dos ventanas laterales desde las que se veía el mundo y dos puertas “va-i-vén” para entrar y para irse. Por el medio podía pasar el río o los chicos que van a la escuela.

Aquella arquitectura simple llevaba ya el dibujo de lo que sería mi propia vida. Porque un puente es lo que a mis ojos mejor la definiría. Atravesada por fronteras, clanes, mares, afectos, disputas, géneros, lenguajes, canciones y culturas.

Esa casa de ladrillos infantiles me había parecido maravillosa, y sin contar con una gran imaginación tecnológica fue la única que me salió a la hora de intentar una.

Una casita en la que era difícil encerrarse y sin embargo, a la que siempre aliviada volvería. Aquello más que una casa parecía una forma de ser, un idioma, esa morada inquieta que se me antojó también un puente.

Me pregunté entonces ¿Qué son los puentes y para qué atravesarlos?

Busqué en libros y leyendas y los encontré en casi todos. En los relatos celtas y en las tradiciones folclóricas el puente solía reemplazar la figura del "Barquero", aquel que trasladaba las almas "hacia el otro lado".

Pueblos árabes, africanos e indígenas, todos a su manera, tenían para tales oficios a sus mediadores, conocidos para algunos con el nombre de "pontífices." Qué revelador...

Me dije entonces que los brujos, los artistas y los niños también eran puentes. Pensé en la Vía Láctea y en el Arco Iris, que habían sido considerados puentes, entre mundanales mundos.

Y pensé en las almas, en sus bagajes humanos transportados a través de siglos, que habitan el sedimento de todas nuestras palabras. Pensé en las estrellas cargadas de caminos secretos y en las líneas de la mano que tan bien leían las gitanas desdentadas. Y en alguna de esas estrellas, vi titilando al Aleph*, amo y señor de todos los puentes.

Pensé en la tierra de nuestros pueblos indios y en aquel tiempo primordial en el que vivían sin saberse tan felices. En el gaucho "Martín Fierro" de Gabriela Cabezón Cámara y en "Don Segundo Sombra", premonición literaria de "El Arriero" de Yupanqui, y me dije que ellos también eran puentes.

Pensé en la dulce Juana de Ibarbourou, y en la libertaria Sor Juana Inés de la Cruz, nuestra primera monja subversiva. Pensé en Frida y en su amor traicionado al infinito, y en las misas musicales de Chavela Vargas, en el poncho abarcador de Mercedes Sosa, y en la teta henchida de "La Telesita".

Y me dije que entre el paraíso perdido y el infierno tan temido también había miles de puentes, accesibles, tormentosos, bullangueros.

Pensé en el Arte y en el alma de los suburbios. Y también en los suburbios del alma, a los que creyó acceder un puente que inventó un tal Freud.

Y entonces la palabra Tango se encendió en mi boca, y lo vi a Borges, y a su libresca memoria, también puente.

Pensé en el alma porteña del kiosquero de la esquina, en el Gauchito Gil rojo como un Kremlin, en lxs amigos peñerxs y sus exilios nocturnos por la extranjera Buenos Aires, en la nostalgia provinciana y en la de mi bisabuela yugoslava llegando a Santa Fe en 1905 con una hija en las entrañas y un bebé dejado allá para asegurarse de volver y me dije que el dolor también podía ser un puente.

Me vi tratando de aprender sin un porqué una canción de cuna montenegrina, mucho antes de saber que los padres de mi abuela habían dejado en Yugoslavia a ese bebé que jamás pudieron ir a buscar. Y la música también fue puente.

Curiosamente en Los Quirquinchos, pueblo de Santa Fe en el que esa bisabuela echó raíces hasta su muerte también había un puente, un puentecito que se parecía mucho a aquella casita infantil que yo había creído imaginar.

Dicen que la vida es un gran viaje, y que alguien nos puso en esta barca, por caminos que van sin saber cómo y porqué. El cómo y el por qué somos nosotros.

Los libros también son puentes, ni tragedias, ni dramas. Alevosías.

Entonces celebremos la vida, ese puente que nos apuntaló y que permitió que hoy, sin conocernos, charlásemos un ratito.

Índice

Oda a la Ida	6
I- SUR	
1. Gallinas	9
2. Panadero	10
3. Primer viaje	12
4. La náusea	14
5. Miro y cuento	17
6. El Encuentro de los Argentinos	19
7. Erre con erre	21
II- APRENDIZAJE	
8. Primer amor	25
9. Primer empleo	27
10. Primeras nupcias	29
11. Despedida	32
12. Siglo Veinte	39
III- SOUS LE CIEL DE PARIS	
13. Cuando una parte	42
14. El curso de francés	44
15. Anuncios	46
16. El B.N.A	50
17. Hallazgos y traducciones	55
IV- HULA HULA	
18. Comer y cantar	60
19. Enteros, cuartos y mitades	66

20. Malentendidos	69
21. Patrimonio	72
22. En nombre del hijo	74
23. Libros, planos y herramientas	78
24. 1º de noviembre	80

V- VOLVER

25. Santuarios	85
26. El Pensador	88
27. Cazadores	93
28. Fiesta	96
29. Espejismos	98
30. Contraseña	101

VI- PAREDÓN Y DESPUÉS

31. Inspiración	105
32. La vecina del segundo	107
33. Fraternal	111
34. Escuchas	114
35. Cartografías	115
36. Vox pópuli	117
Puentes y cordajes	120

Los recuerdos que se recortan del fondo de la memoria alcanzan una relevancia única cuando son contados con música propia. Las narraciones que configuran *Cuentos y Travesías* de Adriana Pedroló tienen ese atractivo.

Los relatos se despliegan con tonos y ritmos que convocan la mirada lectora al movimiento cadencioso de las travesías. Esas travesías se rememoran como exploraciones que, desde luego, no se reducen al mero registro de una descripción escénica; tienen la hondura de un viaje interior sentimental y temperamental realizado en cada uno de los viajes reales.

El tránsito, que marca tanto la vida como la escritura de Adriana Pedroló emerge una y otra vez en cada estación en la que su voz demora, en busca de una segunda dimensión, apenas perceptible en la fática e inmediata.

Pedroló tiene una habilidad especial para tocar el alma del lector que se anime a acompañarla en sus navegaciones mundanas con la suavidad de las caricias.

Se podría decir que cada relato es un recuerdo, pero si solamente fuera eso no habría valido la pena contarlo.

En *Cuentos y Travesías* se asoman entremezclados deseos y pérdidas, ficciones y alegorías que aun sabiéndose lo que son, no suelen nombrarse con la elegancia y la profundidad de Adriana Pedroló.

Roberto Ferro

